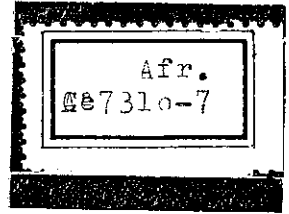


Afr. C^o 7. 310-7

UN PASEO

POR



ARGELIA

POR

P. FRANCISCO ECHAGÜE

Capitán de Ingenieros.



MADRID

IMPRENTA DEL MEMORIAL DE INGENIEROS

1894



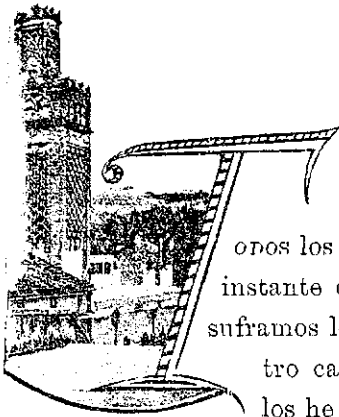
Reg..... Sig.Top..... Sig.Bibl.....



I.

ORÁN.

La población.—Restos árabes y españoles.—Ojeada histórica.—Sidi-bel-Abbés.



Los meridionales padecen, por lo regular, en algún instante de su vida, ataques de quijotismo: el que los suframos los compatriotas del héroe que simbolizó nuestro carácter es, pues, muy disculpable. Yo también los he padecido: deslumbrado, no por la lectura de libros de caballería, sino por la de relatos de viajes por el Africa, concebí deseo vehemente de dar siquiera un corto paseo por ese terrible Sahara, y sentí cierta comezón de sufrir el sofocante calor y la abrasadora sed, tan admirablemente pintados por autores de mi predilección, sumándose á este capricho una curiosidad, en mí muy antigua, de ver á los árabes de cerca y en su propia casa.

Estas causas y la oportunidad de brindarse como *cicerone* de la excursión el teniente coronel de Caballería D. Juan de Lara, muy conocedor de la Argelia, me decidió á hacerla. Conquisté también como compañero á mi buen amigo D. Ladislao L. Montenegro, y juntos los tres emprendimos el viaje, que si ha quedado muy reducido con relación á su proyecto, no ha sido, como verá el que lea estas mis impresiones, por falta de empeño, sino por el escaso tiempo y medios de que disponíamos, y principalmente por vetos impuestos por las autoridades francesas del Sur de la colonia.



En esta relación no podemos, sin faltar á la verdad, hacer alarde de haber sufrido la menor fatiga ni el más ligero contratiempo; no será, pues, un relato novelesco de aventuras más ó menos extraordinarias y arriesgadas: tampoco es un estudio serio sobre Argelia, para el cual no basta una breve excursión; se limita á ligeros apuntes encaminados, más que á otra cosa, á glosar unas cuantas fotografías hechas en la expedición. Aun así, nos hubiera retraído la falta de costumbre de escribir para la imprenta si no nos sacara de ese retraimiento la correspondencia debida á invitaciones reiteradas de la Redacción del *Memorial*.

Hecha esta ligera aclaración, comenzaremos.

La llegada á Orán, después de una breve travesía á bordo de un trasatlántico francés, no pudo ser más agradable; y no se debía esta satisfacción al punto donde atracamos. En cualquier otro la hubiéramos experimentado, y esto no hay necesidad de demostrarlo al que, haciendo el primer viaje por mar, haya encontrado en la llegada al puerto un fin á las angustias del molestísimo mareo. Como el mal pasa pronto, las anclas nos devolvieron la serenidad, y con ella la aptitud para gozar de los primeros incidentes. Una turba de musulmanes invadió el barco, pretendiendo todos, con chillona algarabía, arrebatarse para su transporte las maletas de los pasajeros, y el espectáculo, presenciado tan pocas horas después de abandonar España, produce, por lo brusco del cambio, una alegre y extraña impresión.

Pero en Orán la desilusión viene en seguida. Por causa del mareo no habíamos comido en el barco, y sentíamos á aquella hora (las dos de la mañana del 26 de Abril de 1893) un regular apetito, que había que saciar: nos echamos, pues, á rodar por la población en busca de una cantina ó *restaurant*, é hicimos larga peregrinación por sus calles, de un tipo perfectamente francés y perfectamente civilizado. Ni el menor vestigio de orientalismo, ni nada que delatara el Africa; y para colmo, dimos con nuestros cuerpos en el Hotel Continental, establecimiento de un confort y lujo tales, que dudo exista en España uno igual entre los de su especie. En él cenamos bien, dormimos y despertamos temprano para gozar de alegre espectáculo.

La plaza, frente al hotel, parecía teatro de una carnavalada; tal era el abigarramiento de trajes, tipos y lenguas de los que en todas direc-

ciones la cruzaban. Arabes de todas clases, europeos, judíos, negros, marroquíes, etc., daban al sitio una fisonomía eminentemente curiosa, que completaba una turba de chiquillos indígenas, brindando en tropel, á gritos y en mal francés, sus servicios de limpiabotas.

Dos días dedicamos á la visita de la población. Orán, después de haber sido sucesivamente árabe, turca y española, y conservando algunos restos de estas dominaciones, es actualmente una hermosa población francesa, populosa y comercial en extremo, y cuenta con un buen puerto. El total de sus habitantes se eleva á 75.000, de los cuales sólo 20.000 son franceses: el resto del número lo componen 8000 israelitas, 9000 indígenas musulmanes y 38.000 de diversas nacionalidades, dominando en esta cifra los españoles. Es capital de la provincia de su nombre, una de las tres de la colonia, y residen en ella las autoridades civiles, un obispo sufragáneo del arzobispo de Argel y el cuartel general de la división que guarnece el departamento.

La población se extiende en un anfiteatro de abruptas pendientes, limitado en los costados por estribaciones del Djebel Murdjadjo, y otras colinas, cuya topografía hace muy pintoresco su panorama, contemplado desde el mar, pues los edificios aparecen escalonados y superpuestos en numerosos órdenes. En cambio resulta muy penosa la circulación por el interior de sus calles, facilitada por buenos servicios de coches de punto, en paradas por todas partes.

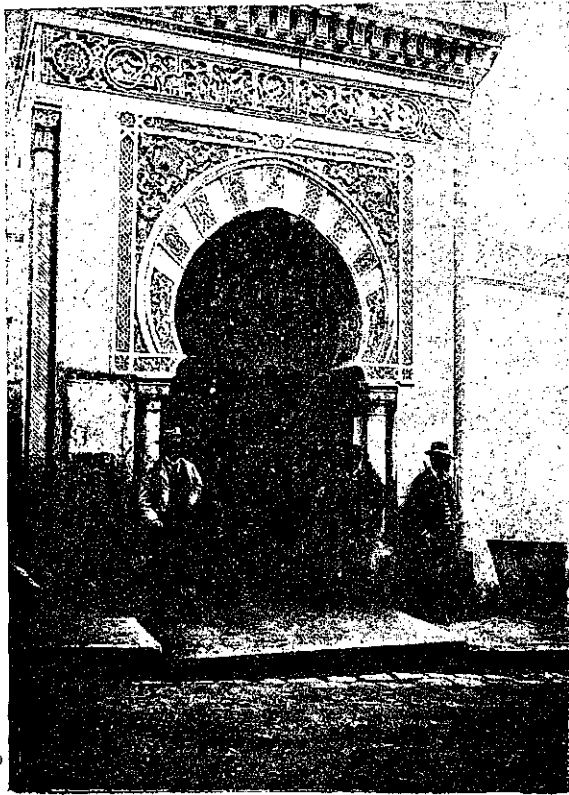
La ciudad, construída en las dos vertientes de un barranco, estaba antes dividida por el arroyo, hoy cubierto por un túnel, sobre el que se apoya el Boulevard Malakof, y la única parte descubierta es un trozo cercano al mar, convertido en hermoso paseo.

La parte del Oeste comprende la antigua ciudad española, el puerto, la Kasba (ciudadela) y la catedral de San Luis. Al Sur, y contiguos á los fuertes de San Felipe y San Andrés, existen los barrios Árabe y Judío, muy populosos, pero sin caracter alguno en las construcciones ni en el trazado de sus calles, de fecha muy moderna y sujeto á las ordenanzas municipales.

El recinto actual de la fortificación se reduce á un muro de mampostería de 4^m,50 de altura, con baluartes flanqueantes. Las defensas, por la parte del mar, consisten en dos baterías bajas, situadas á ambos extre-

mos de la bahía llamada del Santón y Ravin-blanc; otra baja en el centro (Santa Teresa), y otra elevada en las vertientes del Djebel Murdjajo. Por último, existe otra colocada en el Chateau-neuf, colosal ciudadela de antiguo origen, que contiene obras de todas épocas y de todos los dominadores, dedicada hoy á residencia del general de la división, oficinas y acuartelamiento de gran parte de la guarnición.

Entre el escaso número de edificios que en Orán se ven, como restos de la ocupación musulmana, resalta la gran Mezquita, de la cual acompaña-



PORTADA DE LA GRAN MEZQUITA DE ORÁN.

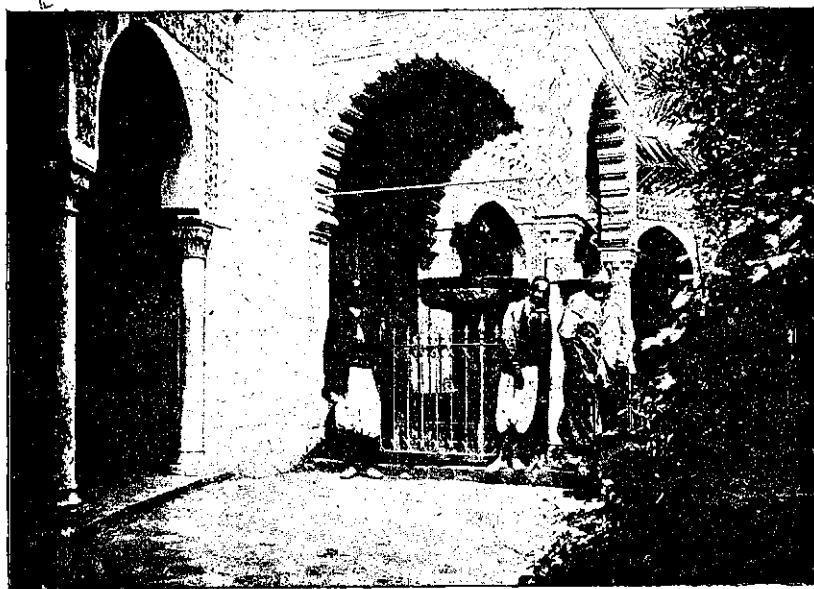
mos dos vistas, una de la portada principal y otra del patio que le sirve de ingreso; pero estos trozos, si no en total, son en los detalles muy modernos y obra de arquitectos cristianos. La portada, bien adornada con arabescos é inscripciones, da ingreso, por un pórtico, á un patio en anfiteatro, rodeado de un claustro, cuyas arcadas llevan en su ornamentación un desagradable sello de modernismo. La fuente del centro es una escultura hecha en España, y la Mezquita, propiamente dicha, tiene escaso valor. Fué

fundada por Baba-Hassen, pachá de Argel, en memoria de la capitulación de los españoles y construída á expensas del rescate de esclavos cristianos. El minarete, de forma octógona, es un bonito ejemplar en su clase.

Entristece mucho al español que recorre Orán el continuo encuentro

de restos de construcciones é inscripciones que atestiguan nuestro dominio en aquellas comarcas, abandonadas un día como molesta carga, para que más tarde otra nación menos aventurera que la nuestra, aprovechando nuestras fuerzas, hiciera de aquel fértil país una hermosa colonia.

Orán, fundada en 903 por Moamed-ben-Abdun y un grupo de marineros andaluces, atravesó muchas vicisitudes, fué devastada y reconstruída algunas veces, llegando, en fin del siglo xv y principios del xvi,



PATIO DE INGRESO Á LA GRAN MEZQUITA DE ORÁN.

á ser un terrible foco de piratería que tenía asolado el Mediterráneo. Por reprimirla armó el cardenal Cisneros, en 1505, una flota que se apoderó primero de Mers-el-Kebir, puerto fortificado de la proximidad, y más tarde, en 1809, del mismo Orán. Mientras duró el dominio, sufrió frecuentes ataques de los árabes, establecidos en bajalatos en su alrededor, hasta que en tiempo de Felipe V se perdió por la traición del conde de Veracruz.

En 1732 una flota, dirigida por el conde de Montemar, vuelve á tomar posesión de la ciudad por cuenta de Felipe V, y en esta segunda

ocupación, que duró sesenta años, es su historia la de una plaza de guerra sin gran importancia y sin porvenir de ensanche de dominio, pues que las fuerzas vitales de la nación estaban dedicadas á otras empresas.

En 1790 sufrió un terrible temblor de tierra que destruyó la mayor parte de sus edificios, y aprovechando Mohamed-el-Kebir la angustiosa situación de sus habitantes para sitiarla, presentóse con 30.000 hombres ante sus muros. Fué reforzada la guarnición, y en muy malas condiciones resistió durante diez meses defendiendo sus minas, hasta que el ejército sitiador fué al fin retirado por orden del Bey de Argel, que había entablado con el rey de España negociaciones de paz y tratados de comercio. Aprovecháronse estas corrientes para hacer una capitulación honrosa, desprendiéndose de lo que constituía una pesada carga, y fué entregada la plaza, retirándose la guarnición con los cañones y bastimentos que existían. Una vez los turcos dueños de Orán se entregaron con verdadero furor á destruir todas las obras españolas: dominaron el país hasta 1831 en que pasó á poder de los franceses.

Visitado todo lo que había de más curioso, tomamos el tren que nos había de conducir á Sidi-Bel-Abbés, punto que, por nuestras relaciones, debía ser centro de nuestras correrías.

La campaña contemplada en el viaje, ni por su aspecto, ni por su vegetación, ofrecía novedad alguna; algún aduar de nómadas y un blanco Morabut ó Kuba, descubierto de trecho en trecho, fueron los únicos indicios de la tierra africana. Sidi-Bel-Abbés, al Sudeste del monte Tesalah, es una bonita población, situada en un pintoresco y fertilísimo valle regado por el Ued Mekerra. Nada que atestigüe su título árabe, que proviene de la tumba de un santón: su origen es un reducto construido en 1843 por las tropas del general Bedeau, para contener las numerosas tribus de los Beni-Amer, las más potentes y más hábilmente trabajadas por Abd-El-Kader. Al rededor de su emplazamiento se fundó la ciudad que hoy existe, perfectamente moderna, de planta rectangular, con boulevards y calles á escuadra, fortificada con un simple muro aspillero con salientes para el flanqueo, y con un barrio militar formado con magníficos cuarteles, hospital y otras dependencias. A corta distancia de la población, antiguos arrabales árabes, y otro contiguo, moder-

no, habitado también por gente indígena, con una bonita Mezquita construída por los franceses.

La cariñosa acogida del doctor Spreáfico, Eduardo Claudin (compatriotas nuestros) y otros amigos españoles; nos hizo pasar agradables días, que hubiéramos prolongado, á no impedirlo el deseo de continuar nuestro viaje hacia el Sur; pero impacientes por visitar cuanto antes un pueblo realmente árabe, partimos para Tlemcen, que ofrecía, según los *cicerones*, grandes atractivos á nuestra curiosidad.





II.

BLEMGEN.

Su importancia estratégica.—Historia.—Las Mezquitas.—El Mansurah.—Personajes árabes.—El Mercado.



BLEMGEN ó Tremecen está situado en el valle del Ysern, afluente del Tafna, río de alguna importancia que desemboca en el Mediterráneo por Rachgum, puerto natural á poca distancia de Nemours. Su proximidad á la frontera de Marruecos y sus fáciles comunicaciones con Uxda, bajalato importante de este Imperio, situada sobre el camino de Fez, dan á Tlemcen una importancia estratégica excepcional.

Contiguo el valle del Tafna al del Muluya, con divisoria fácil de salvar, es aquel territorio la línea natural de invasión sobre el Mogreb, y al mismo tiempo el punto más temible para la colonia, por la vecindad de potentes tribus marroquíes, como los Bene-Snassen y otras, que son terreno dispuesto á que fructifique la semilla de la guerra al cristiano. Este último peligro, sin embargo, va desapareciendo, pues estas tribus próximas, conocedoras del poderío francés y temerosas de perder su independencia, mantienen, hasta cierto punto, buenas relaciones con sus vecinos y se guardan mucho de cometer desmanes, que saben serían pronto castigados. Sospecho que á los franceses no sería del todo desagradable el que un genio levantisco les indujera á tropelías, pues cada abuso de los árabes en sus fronteras suele servirles de pretexto para en-

sanchar sus dominios, simulando el asegurar la tranquilidad de su territorio. Y conocido es el deseo ferviente que Francia tiene de avanzar su frontera hasta el Muluya, cogiendo Cabo de Agua y el valle de aquel río, camino que les pondría en posesión de Tezza y en condiciones de hacer rápida operación sobre Fez el día en que las naciones europeas tocaran á rebato para apoderarse del reino de Muley-El-Hassam.

Con lo dicho basta para conceptuar á Tlemcen como el punto más estratégico quizá de Argelia, si no por su acción de conquista, pues que ésta se va haciendo lentamente por el Sur, como expectativa de los sucesos de Marruecos, que hoy tienen excepcional importancia en Europa.

Es Tlemcen capital de subdivisión militar y cuenta con fuerte guarnición.

Los sucesos que en ella se han desarrollado le dan gran importancia histórica, y tanto esta razón como lo frondoso de su campiña y el gran número de restos de arquitectura árabe que posee, le han valido el nombre de *Granada africana*.

La actual ciudad no ocupa exactamente el lugar de la de antigua fundación. La Pomaria romana se elevaba un poco al Sudoeste, donde se ven restos de muralla y de un minarete que delatan la vieja capital.

Fué después de romana metrópoli de la potente confederación Berebere de los Zenata, y atravesó, hasta el siglo xv, gran número de vicisitudes, sufriendo sitios y saqueos en varias épocas. Ocupada sucesivamente por diversas dinastías de Abd-el-Ualitas y Merinidas, alcanzó gran poderío á principios del siglo xvi, en cuya fecha llegó su población á la cifra de 130.000 almas, siendo rival de las capitales civilizadas de Europa, por el desarrollo de su riqueza y su industria y por la cultura que en ella alcanzaron las ciencias y las artes.

Comenzó su decadencia con la posesión de Orán por los españoles (1509), que le cerró las puertas del comercio marítimo, y perdió muy pronto su independencia, viniendo á ser vasallo del león de Castilla hasta que, en 1553, cayó en poder de los turcos, emigrando á Marruecos la mayor parte de sus habitantes.

Cuando los franceses se presentaron ante sus muros (1836) era Tlemcen una pequeña ciudad ruinoso que se disputaban reducidos ejércitos del emperador de Marruecos y de Kulur-lis (hijos de turcos), pero una

vez en poder de Francia fué cedida en un convenio al emir Abd-El-Kader, quien la eligió como capital y residencia, y así vivió hasta que, en 1842, pasó definitivamente á formar parte de la colonia francesa.

Mejorada desde esa fecha, hoy cuenta la población con extensos barrios de construcción europea; pero á pesar de esta mezcla y de que las diversas vicisitudes sufridas dieron al traste con todas las edificaciones árabes de alguna importancia, con excepción de las mezquitas, Tlemcen destaca mucho del resto de las ciudades argelinas por lo extenso y populoso de sus barrios indígenas.



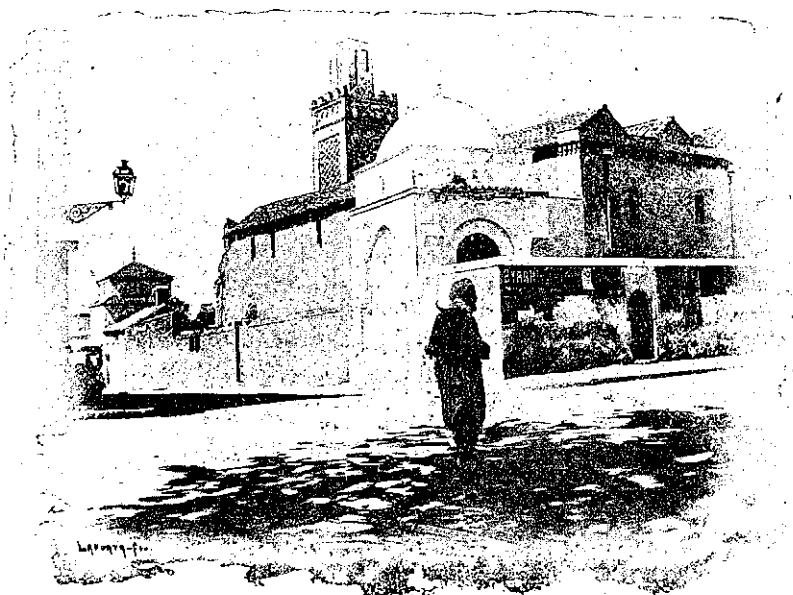
CALLE DE MASKARA EN TLEMCEM.

El laberíntico trazado de sus estrechas y ruinosas callejuelas, en parte cubiertas por bóvedas volteadas de casa á casa; los lisos y blancos paramentos de los edificios, desprovistos de vanos al exterior; las puertas con ojiva, dando ingreso á los clásicos patios con arcadas árabes; la ausencia casi total de europeos en estas calles, cruzadas por gran muchedumbre indígena; el aspecto extraño y típico de las viviendas judías, cuyas puertas y patios se ven embadurnados de rabioso azul; las numerosas tiendas y talleres de comerciantes é industriales musulmanes, y por último, los minaretes de las mezquitas, dan á Tlemcen una fisonomía

esencialmente original y pintoresca, que hace el encanto de *touristas* que, como nosotros, ávidos y curiosos de contemplar á los árabes en su casa, llegábamos desilusionados después de una expedición en que sólo reminiscencias de este pueblo habíamos encontrado. El Tell está ya tan *europizado*, que el viajero que no se interne hacia el Sur, sólo en Argel y Tlemcen encontrará motivos con que satisfacer su curiosidad.

Ya hemos dicho que Tlemcen fué demolido varias veces, y aunque reedificados varios barrios por los mismos árabes, en estas hecatombes desaparecieron todos los monumentos de alguna importancia, excepto las mezquitas, que en todas ocasiones fueron respetadas, y aunque el tiempo arruinó muchas, resta hoy una buena cantidad de ellas, como únicos vestigios del Tlemcen poderoso.

Entre todas las del casco de la población destacan la gran mezquita (Djama-Kebir) y la de Abu-El-Hassan; de ambas damos una vista exte-



GRAN MEZQUITA DE TLEMSEN.

rior. La primera tiene planta cuadrada con 60 metros de lado: en el ángulo Noroeste está provista de un minarete rectangular, de ladrillo, adornado en sus cuatro caras con columnitas de mármol y mosaicos de

azulejos. Tiene 35 metros de altura y fué construído en el siglo XIII por Yar-Moracen, primer rey de la dinastía de los Abd-el-Ualitas.

Da ingreso al interior un patio, destinado á las abluciones, rodeado de arcadas de diversas formas, con una fuente de alabastro en el centro. La mezquita propiamente dicha tiene 50 metros de fondo por 20 de ancho; 72 columnas sostienen las naves, que son: 7 en sentido longitudinal y 13 en la anchura. El Mirab, contra lo que se acostumbra, está orientado al Sur y es la única parte del interior que, con la cúpula que



PATIO DESTINADO Á LAS ABLUCIONES EN LA GRAN MEZQUITA DE TLEMCCEN.

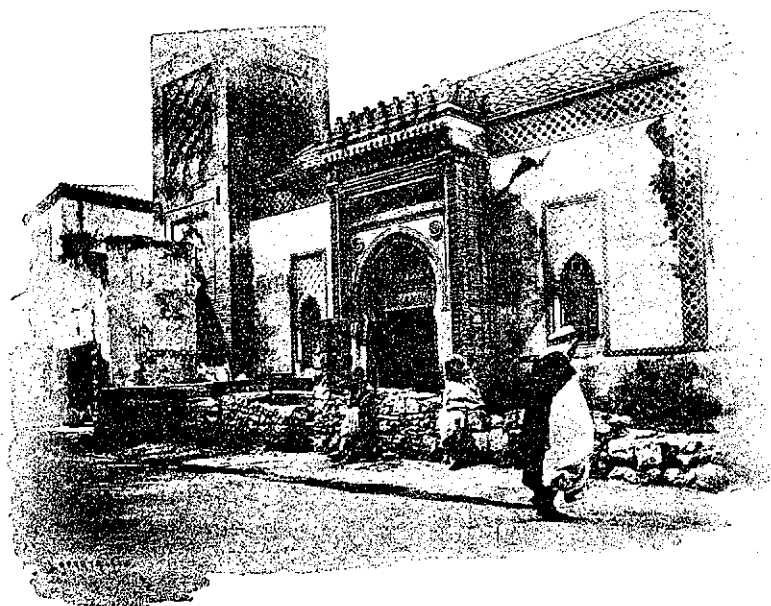
lo corona, posee alguna ornamentación formada con arabescos é inscripciones que atestiguan el año de su fundación (1136 de J. C.).

La fachada exterior de la segunda mezquita, con su minarete al costado, presenta bellissimo aspecto. El interior contiene curiosas esculturas y un techo artesonado de delicada labor, cuyas inscripciones hacen remontar su construcción, al menos la del interior, á 1296 de J. C.

Entre las curiosidades que encierra el museo existe una lápida con el epitafio fúnebre de Boabdil, último rey de Granada, muerto, al parecer, en Tlemcen, y no en Marruecos como la leyenda cuenta, aunque bien pudieron confundirse ambos países en aquel tiempo.

El Mechuar, que se eleva al Sur de la población, es una ciudadela del siglo XII, antigua residencia de los reyes de Tlemcen, y que contuvo vastos y valiosos edificios. Hoy no resta de él más que la colosal muralla flanqueada por dos torres, con una puerta de bastante valor, y el extenso espacio interior está ocupado por modernos cuarteles y otros establecimientos militares.

La fértil y frondosa campiña que rodea la ciudad está sembrada de pueblecitos agrícolas, en cada uno de los cuales existen obras de mérito,



SEGUNDA MEZQUITA DE TLEMCEH.

dignas de citarse en una narración más extensa que la que nos proponemos; pero no debemos pasar sin mencionar el santuario de Abu-Medin, que contiene, además del sepulcro del santón de este nombre, una hermosa mezquita, de cuyo pórtico acompañamos una vista, por ser lo más curioso entre otros trozos de gran valor arquitectónico. Lástima es que los edificios contiguos impidan contemplar el hermoso conjunto del pórtico y minarete, de bastante elevación y muy adornado de mosaicos.

A 3 kilómetros de Tlemcen existen curiosos restos de «El Mansurah» (La Victoriosa), ciudad construída rápidamente y que sólo vivió siete

años; el tiempo que fué preciso para el objeto que llevaban sus fundadores.

El sultán Abu-Jakub la construyó para vigilar y sitiar á Tlemcen, comenzando por un palacio y soberbia mezquita, que fueron rápidamente rodeados de numerosos edificios, formando una populosa ciudad, destruída totalmente cuando los sitiados de Tlemcen hubieron de reconquistar su reino.

Hoy queda sólo en pie el recinto de murallas, con torres flanquean-



PORTADA DEL SANTUARIO DE ABU-MEDIN.

tes, de un desarrollo de más de 4000 metros, y el minarete de la mezquita con escasas ruinas de ésta y del palacio del sultán.

Tiene la torre 40 metros de altura y está provista, de una puerta monumental, cuya arcada de medio punto le da cierta semejanza con las de la época románica. Adornada de arabescos esmeradamente labrados en piedra, contienen sus dibujos, muy entrelazada y repetida, una inscripción árabe, que hemos visto traducida y dice así:

ABU-JAKUB-JUSSEF-BEN-ABD-EL-HAK ORDENÓ LA CONSTRUCCIÓN DE ESTA MEZQUITA.—706 DE LA HEGIRA.—(1306 de J. C.)

Los recuadros que adornan los muros del minarete contienen restos

:

de mosaicos en azulejo esmaltado pequeño, muy semejante á los que abundan en los zócalos de la Alhambra. Algunos ajimeces iluminaban la escalera, que desapareció al hundirse el muro posterior.

Y á propósito de esta ruina, hay un detalle curioso. El sultán, deseando ver pronto terminado el trabajo, encomendó la construcción á dos grupos, uno de musulmanes y otro de cristianos. Precisamente lo arruinado corresponde á la labor de estos últimos, quedando sólo en pie lo hecho por los buenos creyentes. Excusado es decir si los moros encuentran en el suceso ancho pretexto para atribuirlo á un castigo de Alah, por la herejía cometida.

Hoy día queda sostenido el frente y parte de los costados de la obra antigua por sólidos contrafuertes y atirantado de hierro que le garantizan larga duración.

La contemplación de todas estas curiosidades y otras muchas no citadas, por no pecar de extensos, nos entretuvo muy agradablemente durante cuatro ó cinco días. Además, una recomendación proporcionada por el Kaid de Bel-Abbés, valieron penetrar algo en las costumbres y viviendas árabes.

En la prefectura ó audiencia indígena presenciarnos (aunque sin enterarnos) algunos actos de administración de justicia, y fuimos invitados á tomar el the en dicho local. Un kadí (juez), llamado Si-Brahim, nos condujo á su casa, gran agasajo para nuestra curiosidad.

Previas las sacramentales palabras con que el dueño de la casa, marchando delante, pide paso franco, aunque más bien van encaminadas á ordenar esconderse á las mugeres, entramos, después de atravesar un pequeño vestíbulo y un pasillo recodado, á un bonito patio, semejante á muchos que existen en antiguas casas de Andalucía. Dos órdenes de arcadas en ojiva, correspondientes á los corredores de dos pisos, una fuente de mármol en el centro y dos limoneros lo adornaban. Entramos en la habitación principal del piso bajo: una sala rectangular con dos nichos en los frontones, que contenían dos camas ocultas por tapices, las paredes colgadas de telas bordadas de oro y tapices turcos y tunecinos, cojines en todo el perímetro, y en medio otro nicho de poca profundidad; lugar de preferencia adornado con trofeos de armas. Una mesita baja completaba el mobiliario, al cual había agregado tres sillas de Victoria en obsequio á los europeos.

Tomamos varias tazas del clásico café, acariciamos á los pequeñuelos, que acudieron curiosos á vernos, y salimos encantados, después de haber dado al anfitrión noticias que le interesaban mucho sobre la *Yama de Corduva* y la Alhambra.



الحمد لله
عبد الله

RETRATO Y FIRMA DE EL HACH-HAMED-BEN-ABD-ALAH.

Otro conocimiento hicimos, que también nos valió obsequios. El del Agha del Sud, aristocrático personaje, de hermosa figura y elegante porte, cuyo nombre escrito al pie de un retrato que nos dedicó, dice: «El

Hach-Hamed-ben-Abd-Alah». En extremo amable con nosotros nos condujo á su casa, entregándonos un precioso tapiz tejido con esparto y lana, con el ruego de que lo entregásemos á la *Sultana* de España. Jefe de las tribus nómadas de aquella región, tuvo grande empeño en que le acompañáramos á girar una visita á los aduarez, pero nuestro itinerario no lo permitía y nos excusamos prometiendo otro año asistir á una cacería de javalíes, con que se propone agasajarnos.

El último día visitamos algunos talleres de tejidos y armas, pero la industria se me antoja muy decaída en Tlemcen, y todos los objetos de algún valor, que se expenden en los tienduchos de la calle de Máskara, provienen de Túnez y Marruecos. Por último, el mercado, muy concurrido ciertos días, tiene, para los extranjeros, el curioso atractivo de los camellos y particularmente el verlos cargar. Recibe este animal, arrodillado, el peso que le destinan, y no cesa, mientras dura la operación, de emitir roncos y estruendosos quejidos, que acaban cuando se levanta, movimiento al que se revela si conceptúa excesiva la carga. Como la concurrencia es muy grande y la operación se verifica para todos casi á un tiempo, á la hora en que el mercado concluye, el nutrido coro de rugidos producía el efecto más cómico y extraño.

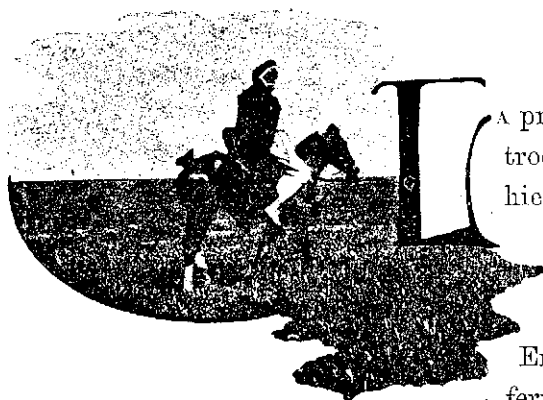
Dimos el adiós á Tlemcen, y después de renovar en Bel-Abbés nuestro equipaje, partimos para el Sur, prometiéndonos muy buenos días.



III.

DE BEL-ABBÉS Á SAIDA.

Pantano de El-Habra-Saida.—Abuso de las bebidas.



LA primera jornada terminó en Saida. Se retrocede desde Bel-Abbés por el camino de hierro de Orán hasta Sainte Barbe du Tielat, donde se toma el que se dirige á Argel, para abandonarlo en Perregaux después de haber recorrido el fértil valle del Sig.

En este último punto se empalma con el ferrocarril estratégico de Arceux á Ain-Sefra, y á los pocos kilómetros puede el viajero contemplar una magnífica obra de ingeniería.

Es ésta la gran presa del Habra, construída en la confluencia de tres ríos: el Ued Tezú, el Ued Jergug y el Ued Hamman. Tiene una longitud de 478 metros y 40 de altura, y por último, el espesor en la base de este muro ciclópeo es de 39 metros. El agua detenida forma un inmenso lago, que se divide en tres brazos, remansando en unos cuantos kilómetros la de aquellos tres ríos de escaso caudal. La cabida del pantano es de 14 millones de metros cúbicos, que fertilizan anchas extensiones de terreno, y el coste total de la obra fué de 5 millones de francos, incluyendo la recomposición de un rompimiento que en 1881 sufrió, ocasionando la inundación la muerte de centenares de personas y la ruina de una extensa comarca.

Después de algunas horas de marcha se empiezan á trepar las pri-

meras pendientes del Atlas; el país cambia de aspecto, los poblados y cultivos disminuyen y la marcha del tren se hace lenta y penosa por el accidentado trazado del camino en aquellas áridas estribaciones.

Máskara, la tercera capital militar de la provincia, se contempla á lo léjos, pues el ferrocarril pasa á algunos kilómetros de distancia, salvada por un ramal que empalma en la estación de Tizi. A las seis de la tarde se llega á Saida, pueblo de triste memoria para tantas familias españolas, después de la hecatombe de Bu-Amema. De la antigua Saida berebere no quedan sino unas ruinas, situadas á 2 kilómetros de la población actual, que es una bonita ciudad francesa fundada en 1854 y habitada en gran parte por nuestros compatriotas.

Nos alojamos en un buen hotel (*tenu par M. X.*, un estrambótico personaje de gracioso empaque que sale al andén para recibir á sus huéspedes vestido casi de rigurosa etiqueta) y pasamos tarde y noche obsequiados por nuestros paisanos, á la *africana*, ó sea bebiendo pócimas, hasta que el estómago se revela á admitir más.

Es verdaderamente alarmante el abuso que en Argelia se hace del ajeno, Bermout, Wither y otras preparaciones alcohólicas de la familia. El pueblo más pequeño cuenta con numerosas cantinas, limpias y lujosas la mayor parte, y perfectamente provistas de gran variedad de aquellos venenos, que se consumen en cantidad aterradora. Dicen los aficionados que son muy sanas. Indudablemente el trabajo duro y el gran calor son grandes estimulantes del alcohol, como rápido restaurador de las fuerzas; pero el abuso, únicamente disculpable por la mala calidad del vino, tiene que ser perniciosísimo.

La templanza de los árabes, impuesta como precepto religioso por el sabio Mohamet, es sin duda preferible; verdad es que la escasa actividad de su vida exige poca reparación al gasto de fuerzas físicas. El trabajo del nómada, por ejemplo, se reduce al cuidado del ganado, y en punto á agricultura, se contenta con arañar de mala manera algunas áreas del terreno que se le asigna y sembrar el grano. La planta prospera como puede, agobiada por la hierba, hasta el punto de ser difícil distinguir sus sembrados de los prados, y no se molesta durante el año en dedicarle la menor labor. Si ha llovido en buena época y la langosta no ha hecho de las suyas, recogen la miés y almacenan el grano. El mo-

lino y el horno están en casa con los demás artefactos del menaje y el resto del trabajo corre por cuenta de la mujer.

Su contacto con los cristianos pervierte, sin embargo, á los pocos que se dedican á algún trabajo rudo, y no es extraño ver, especialmente en los espartales, algún moro que vergonzantemente falta al precepto del Korán despachando vasos de ajeno. Pero esto es una excepción, de la cual forman parte, *por derecho propio*, los moros de alta jerarquía, aunque ésta sea religiosa, porque, en general, su ardiente fervor obliga á los demás á observar los preceptos, en este punto más en armonía con los que la higiene decreta para aquel cálido país. Por lo demás, este es sano y la colonización va haciendo desaparecer las fiebres provinientes de la primera roturación de los terrenos. Son frecuentes las oftalmías, consecuencia del exceso de luz, y los enfriamientos por las rápidas variaciones de temperatura. Contra este peligro hay una regla muy útil en el uso de la faja, que es reglamentaria en el ejército colonial.



IV.

DE SAIDA Á AIN-SEFRA.

El mar de Alfa.—Bu-Amema.—El ferrocarril estratégico.—Establecimientos militares.—El Kreyder.—Mecheria.—Ain-Sefra.—Las dunas.—El Oasis, el fuerte y la guarnición.—El Bureau árabe.



COMAMOS el tren (que por precaución sólo viaja de día) á las siete y media de la mañana, esta vez persuadidos de que íbamos á ver algo nuevo, y dispuestos, en vista de lo fresco del tiempo, á pasar un día agradable.

El camino de hierro sigue, en los primeros kilómetros, un trazado muy variado, con curvas y pendientes fuertes y casi constantes, plegándose al terreno, que muy accidentado al principio va descubriéndose conforme el tren va *trepando de la montaña al valle* (valga la frase).

Los cultivos desaparecen á poca distancia de Saida; prados con pastos abundantes y enebro los reemplazan, y poco á poco las asperezas topográficas se desvanecen hasta llegar á la llanura inmensa, sin accidente alguno, con el esparto por todas partes como única y triste manifestación de vida.

Hemos llegado al pequeño desierto ó Hauts-plateaux, según rezan las cartas francesas, ingresando en él por el mar de Alfa, que así titulan á esta región, donde se hace en gran escala la explotación de dicho textil, sin duda por ser la zona donde alcanza mayor desarrollo y donde su transporte es más fácil. El paso está poblado hasta Khaff-Allah, último *chantier*, y por cierto de bien tristes recuerdos para los colonos españo-

les, que constituyen casi el total de la población agrícola de la provincia de Orán. Este punto y Marhum, situado unos 45 kilómetros más al Oeste, fueron teatro de las sangrientas hazañas de Bu-Amema en 1881.

Sus hordas llegaron á Ain-el-Hadjar, á corta distancia de Saida, pero las matanzas de obreros españoles, que dieron lugar á nuestras reclamaciones diplomáticas, casi se redujeron á los dos citados pueblos. A excepción de algunos árabes que huyeron ó se agregaron á la sublevación, los habitantes eran españoles, braceros de la Compañía Franco-Argelina de explotación, y algunos negociantes en pequeña escala, también compatriotas nuestros.

Hemos tenido ocasión de comentar aquellos tristes sucesos con algunos de los pocos que milagrosamente se salvaron de la hecatombe, y todos unánimes achacaron á apatía de las autoridades de Saida gran parte del alcance de la catástrofe, por demora en transmitir avisos.

Pero también confiesan que días antes se les hicieron advertencias respecto á la poca tranquilidad de que podían disfrutar, en vista de noticias de la insurrección del Sur oranés, solo que, demasiado confiados ó algo incrédulos, se resistieron muchos á abandonar lo que constituía su único patrimonio y perecieron en la sorpresa, no exenta de rasgos de valor y enérgica resistencia, que valieron la vida á algunos arrojados.

Quéjense también de lo exíguo de las indemnizaciones que el Gobierno francés les concedió, y este dato es de un negociante español de Saida, quien asegura que perdió en el incendio 250.000 francos y no percibió sino 130.000.

Allá el derecho internacional se encargaría de depurar el alcance de la responsabilidad que cabría en aquella ocasión al Gobierno de una colonia, cuyos límites por el Sur están constantemente sin definir, y cuyos enemigos son gente nómada, que no disputa paso á paso su territorio, pues que éste es inmenso, y el punto donde sientan sus reales variado constantemente. Las insurrecciones son obra, en general, de la propaganda y fanatismo religioso, que tiene por principal lema la matanza de cristianos, y á las consecuencias de ellas están expuestos constantemente todos los límites, por el Sur, de la Argelia francesa. En esta zona estaban situados entonces los referidos *chuntiers*, y sin atreverme á santificar la conducta del Gobierno, digo que dió un gran ejemplo de

actividad en la adopción de medidas que impidiesen la repetición de tales barbaries (1).

El remedio fué aplicado en el acto. La insurrección tuvo lugar en Mayo del 81, y en Julio del mismo año votaban las Cámaras francesas un fuerte crédito para la prolongación hasta Mecheria del ferrocarril estratégico, cuyas obras se llevaron á cabo con extraordinaria rapidez. El 7 de Agosto comenzaron los trabajos y la locomotora recorrió, cincuenta y dos días después, los 35 primeros kilómetros; á los ciento veintiocho días quedaron terminados 76 kilómetros, comprendiendo el paso de un ancho lago, Chott-el-Chergui, por medio de un largo terraplén. Interrumpidas las obras por los temporales, fueron reanudadas el 21 de Febrero del 82 y los trenes llegaron á Mecheria el 2 de Abril.

Aun teniendo en cuenta la ventaja proporcionada por la casi total ausencia de obstáculos topográficos, resulta extraordinaria la rapidez de la construcción, que comprendiendo en suma 115 kilómetros, en los que se invirtieron doscientos treinta y nueve días, corresponde á medio kilómetro por día, incluidos todos los trabajos hasta la circulación de los trenes.

El ferrocarril llega hoy á Ain-Sefra (102 kilómetros más) y actualmente se replantea una prolongación á Chenin-Bu-Resg, el punto más avanzado de la ocupación militar en la provincia. La vía tiene 1^m,10 de ancho, el material es bueno y la velocidad, en marcha, de 30 á 35 kilómetros. Aunque toda la línea tenga objeto especialmente militar, por su trazado paralelo á la frontera marroquí, dirigido al Sur en sentido de la conquista y quizá con el porvenir de una inmensa prolongación al través del Sahara, está desde Arceux, punto de la costa donde arranca,

(1) No resultaron en cambio muy lucidos los movimientos de las fuerzas dispuestas para la captura de Bu-Amema, que fueron astutamente engañadas por el Marabut.

Dos columnas, situadas una en El Mai y otra en Ksar-el-krelifa, cerca del Kreyder, mandadas por el general Detrie y el coronel Mallaret, acechaban su paso hacia el Sur. Bu-Amema, cuya marcha entorpeció una gran impedimenta, la del botín cogido en Tafarua y Khalf-Alah, tenía que pasar por en medio, empresa no fácil. Para conseguirlo, destacó una partida de jinetes, que desfilaron por delante de Detrie, el cual los persiguió con toda su columna hasta Ain-Sifsifa, al otro lado del Chott, persuadido de que cazaba al santón. Por otro lado, el coronel Mallaret, en lugar de guardar el paso del Kreyder, había acampado 4 kilómetros al Oeste. Bu-Amema envió también un fuerte destacamento de jinetes, que desfiló por delante de él, contentándose su columna con dispararle varios cañonazos. Y mientras esto sucedía, el convoy de camellos pasaba tranquilamente el Chott, por el Kreyder, único punto donde la travesía era fácil. Desde allí no le costó trabajo llegar al terreno de los Mograr, tribu de donde provenía.

hasta Saida, ó poco más allá, dedicada al tráfico ordinario de viajeros y mercancías, principalmente de esparto. Desde aquel límite su servicio casi se reduce al transporte de tropas y abastecimiento de las estaciones y puestos militares, que en aquellas desoladoras planicies carecen de todo en absoluto, incluso del agua, que es conducida por los trenes en recipientes de palastro colocados sobre las plataformas.

Cada 12 kilómetros existe una estación fortificada, y de 100 en 100 kilómetros, próximamente, un gran establecimiento militar. El Kreyder, Mecheria y Ain-Sefra son, después de Máskara y Saida, los nombres de estos últimos.

El primero está situado á la orilla del Chott-el-Chergui, gran lago salado que mide 180 kilómetros de longitud, y á su alrededor se extiende un horizonte limitado sólo por la redondez de la tierra; análogo espectáculo al que se presencia en alta mar, aunque más triste si cabe. Guijarros, arena y pobrísima vegetación; sólo esparto, de un verde gris y apagado; ni el menor accidente que distraiga la vista, y todo ello bajo los rayos de un sol abrasador en la mayor parte del año.

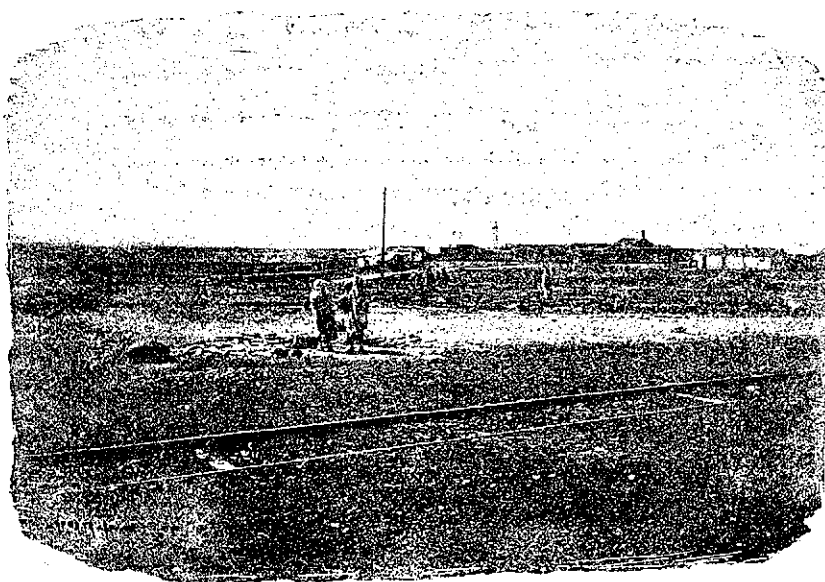
Constituyen el Kreyder: un fuerte abaluartado de mampostería, situado en una pequeña colina, con torre óptica, que comunica con Geryville, Ras-el-Ma, Mecheria y Saida; un rectángulo, también abaluartado, que contiene los cuarteles y la estación, situado al pié de aquella; y un grupo de casas con cantinas y pequeños comercios, emplazado á medio kilómetro de la estación. Todo esto alberga, además de una pequeña población civil, unos 1500 hombres de guarnición, compuesta de infantería de la Legión, artillería y caballería indígena (*Spahis*).

En las inmediaciones se ve un pequeño parque ó bosquecillo, de valor inapreciable para aquellos desterrados, debido sin duda á la existencia de una fuente de bastante caudal, donde se llenan los recipientes para las estaciones próximas. Y en todas ellas ensayos de plantaciones, abandonados en unas, coronados con mezquino éxito en pocas, el paciente esfuerzo por conseguir un escrúpulo de sombra. El agua, distribuída por exiguas dosis, debe evaporarse al caer al suelo, cuando con mayor necesidad la pide la planta.

Saliendo del Kreyder se atraviesa el lago. El agua salada, escasa ya en el mes de Mayo, forma sólo grandes charcos, que interrumpen con su

brillantez la mancha inmensa, gris clara, de su alveólo arenoso. Los efectos de espejismo, tan anunciados en las guías, yo no los noté; solamente en el horizonte extrañan unas ráfagas horizontales, unidas á grirones con el cielo, y de su mismo color, que cortan las lejanas siluetas de los montes. Y el camino prosigue con el mismo panorama abrumador. Únicamente grupos de Jaimas, del color de la tierra, é inmensos rebaños de camellos, albergue y propiedad de una tribu nómada, distraen la atención y denotan que es posible la vida y quizá la vida feliz en aquellos desolados páramos.

Mecheria (*Miseria*, según la llaman los españoles, y su aspecto justi-



VISTA DE MECHERIA.

fica la corrupción del nombre) está situada en las faldas del Djebel-Antar, barrera de montes áridos y escabrosos que la preserva por el Suroeste de los efectos del siroco. A la derecha de la vía, la población militar, semejante al Kreyder, y á la izquierda la civil, más numerosa que la de aquél, y con parte árabe, á juzgar por la mezquita que se divisa y que es de construcción moderna. Y después de algunas estaciones se llega á Mekalis, 70 kilómetros más allá, punto el más culminante de la línea en las mesetas, á 1323 metros de altura. Más tarde se empieza á descender

por un valle formado entre estribaciones del gran Atlas; el camino se accidenta, y esto contribuye á mitigar algún tanto el hastío del monótono viaje, juntamente con la ilusión de llegar á Sahara; pero ésta va á ser desvanecida.

El Sahara de los árabes empieza donde termina el Tell, y comprende, por lo tanto, el pequeño desierto; el Sahara geográfico comienza en la divisoria del gran Atlas; Ain-Sefra, pues, cae dentro de él. Pero el Sahara que todos guardamos en la imaginación, el Sahara del *simoun*, la inmensa llanura de arena sin accidente ni vegetación, el plano geométrico con la caravana en el horizonte, ese, hay que avanzar todavía mucho para encontrarlo, y sólo puedo decir que hemos asomado las narices, descubriendo desde el Djebel-Mekter por entre las estribaciones de los montes próximos, un girón del llano indefinido. Y hasta esto es sólo una ilusión, porque la cordillera del Atlas, así como asciende por mesetas, desde el Tell hasta el pequeño desierto, desciende en análoga forma, por escalones, hasta El Hamada (gran meseta) al Areg (región de las dunas); y todos estos cambios van acompañados de accidentes topográficos y de regiones pobladas de frondosos oasis hasta llegar á esas grandes estepas que las carabanas emplean meses en atravesar, con itinerarios solo sujetos á la situación de los pozos que á largos trechos se encuentran.

El ancho valle en que Ain-Sefra está situada es realmente desierto: ausencia completa de cultivo, suelo arenoso, vegetación escuálida y ni el menor indicio de población, si se excluye el oasis y establecimiento militar; pero si nó tan extenso, recuerda el paisaje muchos de los que el que ha viajado algo por nuestra Península habrá tenido ocasión de contemplar.

Únicamente una larga cadena de dunas de finísima y movediza arena, de tono muy rojo, con más de 1 kilómetro de anchura y relieves variables entre 40 y 50 metros, llama la atención por ser el primer indicio del desierto. Ellas contribuyen á que las incomodidades de la vida aumenten y á que la guarnición de Ain-Sefra se vea obligada á sostener titánica y constante lucha. El viento que arrastra la arena va impregnando de finísimo polvo, que se nota en todas partes, se respira, se mastica y estropea hasta las máquinas de los relojes. Los fosos de las fortificaciones se cegaban muy á menudo, pero la constancia para remediar

esta invasión ha dado sus frutos, y hoy existe en las inmediaciones un parque frondoso que la contiene, conseguido á fuerza de agua y de esparcir y mezclar con la arena el estiércol de la caballería. Empalizadas formadas en las crestas de las dunas, punto donde el viento encuentra menor obstáculo, dificultan también algún tanto el constante movimiento de la arena.

Atravesando las dunas empiezan las faldas del Djebel-Mekter, que con el Aissa forman el valle, y al poco tiempo de ascender vuelve uno á encontrarse con un paisaje perfectamente conocido; vegetación idéntica á la de cualquier monte de Castilla; la encina, el enebro, el madroño, el tomillo y el romero constituyen casi el total de la flora. Ello es que llegamos al Sahara una noche de hermosa luna, y que nos salió á recibir el dueño del «Grand Hotel de France», el cual, sino justificaba su pomposo título, destruía, con la promesa de un *confort* relativo, todo temor de fatigas y penalidades en esta etapa, la última de nuestro viaje. ¡Y para cargar la nota desilusionante, edredones de pluma sobre las camas! Esto en el Sahara y en Mayo: cierto que estorbaban, pero por algo estaban allí. Los mil y pico de metros de altura explican el que algún invierno sean aquellos parajes visitados por la nieve.

Las recomendaciones que llevábamos para algunos oficiales de la guarnición surtieron su efecto, y agradecidísimos estamos á la obsequiosidad y atención con que nos trataron. Hicimos la presentación oficial al teniente coronel jefe militar y civil del establecimiento, y fué grande su amabilidad, pero nos impuso un veto inapelable para la prolongación del viaje. Deseábamos llegar á Mograd-Fokani y Mograd-Tatani, oasis situados unos 35 kilómetros al Sur, en línea recta, y nos fué prohibido. Días antes, á consecuencia de desmanes de una tribu, se habían cruzado algunos tiros entre ésta y los *spahis*, y la seguridad no era grande. «Si el objeto de ustedes no es más que el visitar un oasis del Sahara, vayan á Thyut, situado á 12 kilómetros, y verán el más bonito y el más típico de los contornos. Para que fueran más lejos era preciso les acompañara un escuadrón de *spahis*, porque soy responsable de la seguridad de los extranjeros, y la revista que el general va á pasar estos días me impide el proporcionárselo.» Esto nos dijo el teniente coronel, y fué una decep-

ción por la cual hubimos de contentarnos con Thyut, de cuya expedición hablaremos más tarde.

Ain-Sefra comprende tres grupos de edificación. El oasis árabe, el fuerte y la población europea, que contiene también barrios árabes y que es bastante grande por pertenecer al extremo de la línea y hacerse mucho comercio con el Figuig y el Desierto.

El oasis es del tipo de todos, semejante al de Thyut, del que luego hablaremos.

El fuerte lo constituye un rectángulo cerrado por un murete de mam-



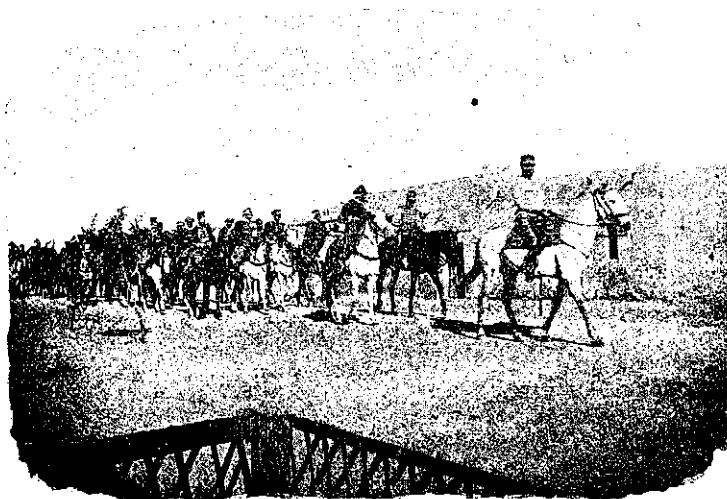
AIN-SEFRA: PUERTA PRINCIPAL.

postería aspillero, con foso y baluartes flanqueantes. A esto se reducen las fortificaciones en todo el Sur argelino, y son sobradas para resistir los ataques de las tribus y hasta para hacerles desistir de darlos.

Los nómadas del Desierto, únicos temibles, cuentan sólo con grandes masas de caballería que atacan en el llano y en tropel para emprender después del choque la huída al menor temor de inferioridad, y se recatan de presentarse ante una posición defendida.

El citado rectángulo contiene todo lo necesario para una guarnición de 2.000 hombres, compuesta de un batallón del primer regimiento extranjero, tres escuadrones de *spahis*, una batería de montaña y una com-

pañía de infantería, montada en mulos, tropa de ensayo de la que esperan buenos servicios. El *Génie* está representado aquí y en todos los puntos análogos por un *adjouant* ó maestro de obras y media docena de soldados. La legión extranjera, en la que abundan los oficios, proporciona buenos obreros para todas las ligeras construcciones de estos establecimientos, que se reducen, en general, á pabellones de entramado y ladrillo, ó de mampostería ordinaria, de un solo piso, con cubiertas ligeras y cielos rasos, dormitorios de tropa, cuadras, hospitales, almacenes,



UN ESCUADRÓN DE SPAHIS EN AIN-SEFRA

oficinas y pabellones para toda la oficialidad y sus familias, sin faltar en ninguno de ellos uno dedicado á Círculo Militar.

En medio del parque de las dunas álzase un pequeño *chalet*, de lujo relativo, y con ciertas pretensiones de sujetarse á las reglas de arquitectura árabe. Son las oficinas y pabellón del *Jefe del bureau árabe*, cargo que parece ser de alta importancia, y que en Ain-Sefra está desempeñado por un capitán. Es el que en la zona límite de la colonización se entiende directamente con los moros, cierra los tratos con las tribus sometidas y paga los estipendios convenidos con ellas, porque frecuentemente es retribuida con un sueldo la sumisión ó la promesa de tranquilidad. Por dinero baila el perro.

:

El nombramiento recae en persona á quien se exigen condiciones especiales y, naturalmente, el hablar bien el árabe, y el cargo debe ser delicado y trabajoso, pero no exento de encantos. Al entrar en la casa del capitán Rigal, se me antojaba semejante á la de un pequeño pachá; siempre una nube de moros á la puerta, que le demuestran un gran respeto, y el interior cuajado de presentes árabes, armas, pieles, tapices y muebles, amén de una bonita *menagerie*, que contaba con curiosos ejemplares de caza de aquellas regiones.



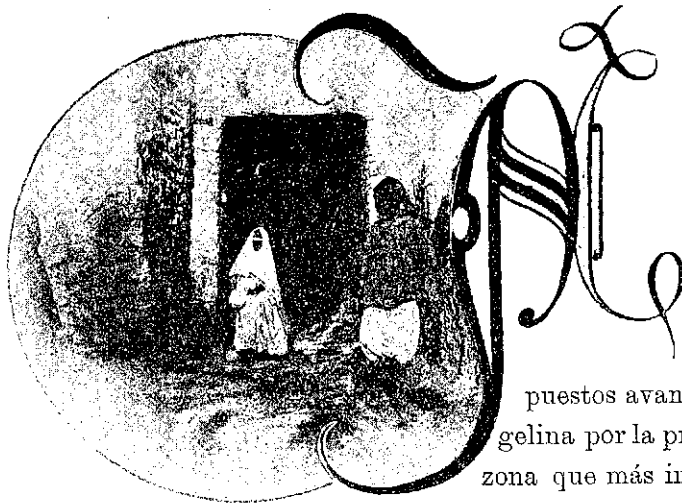


V.

LOS OASIS DEL FIGUIG.



Consideraciones militares sobre la frontera argelino-marroquí.



EN-SEFRA, con su fuerte destacado de Djenien-buresg, son actualmente los puestos avanzados de la colonización argelina por la provincia de Orán. Es esta la zona que más interesa á los franceses para sus fines ulteriores, si algún día han de dar cima al colosal proyecto del ferrocarril tras-sahariano, porque allí arranca el camino del Tuat, poblado grupo de oasis, situado á 600 kilómetros del Atlas, que indudablemente podrá servirle de importantísimo punto de apoyo. Y al mismo tiempo, la vecindad de Marruecos entorpece la marcha colonizadora por esta región, aunque seguros estamos de que estos obstáculos estriban más en dificultades diplomáticas que en la resistencia que con las armas tuvieran que vencer. Prueba de ello, que en la provincia de Argel están internados en el Desierto 300 kilómetros que próximamente dista del Atlas el puesto militar de «El Golea», y para llegar á él hubieron de someter á los Beni-Mzab y á las poderosas tribus nómadas que pululan por aquellas comarcas.

Pero para dar el primer avance por el Sur oranés, tropiezan con un fuerte obstáculo. El Figuig, nombre que sonará en los oídos de los espa-

ñoles, aunque no sea más que por lo repetido en los diarios políticos, y por cierto, tratado algunas veces con poco tino y cometiendo errores geográficos abominables.

Sobre este asunto, el jefe y *cicerone* de nuestra expedición, teniente coronel de caballería D. Juan de Lara, persona que conoce bien la Argelia, publicó no hace mucho en *El Correo* un artículo que contiene atinadas observaciones, y que no copiamos íntegro por no dar demasiada extensión á este trabajo; pero nos inspiraremos en sus ideas, con las que estamos muy conformes, para gran parte de lo que sigue á continuación.

Es el Figuig un grupo compuesto de nueve pueblos ú oasis, que cuentan 15.000 habitantes, enclavados en la falda Sur de la gran cordillera del Atlas, perteneciendo su territorio á Marruecos, pero separado de las capitales del Imperio (Fez y Marruecos) por la enorme muralla de montañas, cuyos altos pasos son impracticables durante la temporada de invierno y sólo accesibles con gran trabajo á la infantería en el resto del año.

La unidad poco consolidada del Imperio y el espíritu de independencia de sus tribus, junto con la razón expuesta, explica el que hoy día se rijan por leyes especiales y el que haya conservado siempre una casi autonomía, que no reprime la escasa autoridad que el Sultán puede ejercer sobre ellos.

Las dificultades con que éste tropieza para toda acción represiva les sostienen en una semi-rebeldía que exime el pago de los tributos, y sólo invocan aquella autoridad para librarse del otro dominio que les amenaza.

Sin embargo, sospecho que la dificultad principal que impide á los franceses apoderarse del Figuig, estriba más en la resistencia opuesta por otras naciones que en la misma repugnancia de sus habitantes, y fundo esta conjetura, que hago por mi cuenta, en el examen de la vida del Desierto. Es esta una constante lucha entre los habitantes de los oasis, propietarios que poseen un hogar fijo en su casa y su huerto, y habituados, por consiguiente, á relativa comodidad, y las tribus nómadas, cuya vivienda y patrimonio es transportable, y cuya situación es indiferente y sólo sujeta al aprovechamiento de pastos para sus ganados. Estas tribus, esencialmente guerreras, encuentran muy cómoda la

razzia, y la ejercen sobre las carabanas y sobre los oasis cuando el hambre les agujijonea ó la ocasión se les presenta.

A esa perpetua lucha obedece el que todos los pueblos del Sahara se encuentren fortificados, y lo propio ocurría con algunos del pequeño Desierto, hasta que la dominación francesa impidió estos desmanes, llevando con ello la tranquilidad á las kábilas. Es posible que el Figuig, ó sea más fuerte, ó mantenga buenas relaciones con los nómadas; pero si así sucede, será una excepción.

Lo cierto es que actualmente es un refugio de todos los que hacen algún estrago, y éstos, en las proximidades de Ain-Sefra, se ponen, por la corta distancia, á cubierto muy pronto de una represión. Los Resanes, los Hamianes y la poderosa tribu de los Ulad-Sidi-Cheik son los peligrosos vecinos de esta zona del Sahara. Aunque el Gobierno francés tiene condecorados y bien pagados á los Marabuts ó grandes jefes de esta última, y asalariados algunos *tributos* de todas ellas, sólo consigue una incompleta sumisión, siempre expuesta á quebrantarse.

Nosotros estuvimos en aquel país cuando el hambre acosaba á los moros, y precisamente á raíz de haber recibido un espléndido socorro, una de las tribus cometió una tropelía con algunos europeos y hubieron de cruzarse algunos tiros con los *spahis*. Temiendo el castigo huyeron los hombres al Figuig, y me refirieron en Ain-Sefra, que las tiendas, ganados y mujeres abandonados fueron repartidos entre los de otra fiel. No respondo de la exactitud del informe.

Es también el Figuig un foco de propaganda religiosa que, exaltados del tipo de Bu-Amema, eligen como cátedra de sus doctrinas, basadas principalmente en la exterminación de cristianos, y tiene, por último, gran importancia bajo el punto de vista comercial.

En general se ha creído que la posesión de estos oasis estimulaba á los franceses, principalmente por tener en ellos una base para operar en su día sobre Marruecos, pero el exámen del mapa convencerá de lo erróneo de esta suposición. Poseyendo la Argelia, las líneas de invasión son indicadas por el Este, donde se aprovecharían para el acceso los valles y las mesetas, y la costa por el Norte. Jamás habían de preferir atravesar el Atlas de Sur á Norte, por lo difícil ó casi imposible que sería transportar la artillería, caballería é impedimenta consiguiente á

un cuerpo de ejército á través de un país eminentemente abrupto, sin vías de comunicación y cuyos peligrosos desfiladeros ofrecerían ventajosas posiciones al enemigo.

Únicamente para ganar Tafílete, tercera capital del Imperio, de nombre más que de hecho, puesto que el Sultán no la conoce (1), podría servir la posición del Figuig; pero la región Sahárica que separa ambos pueblos, escasa de recursos y casi desprovista de aguas potables, no dejaría de presentar serias dificultades á la marcha del ejército.

En resumen, el anular un importante foco de insurrecciones y de propaganda religiosa, impedir la repetición de sucesos parecidos á los del 81, suprimir un refugio de bandidos, poseer un punto de importancia comercial y proseguir la colonización y dominio del Sahara, con el fin lejano todavía de la prolongación del ferrocarril que una estas posesiones con el Níger y con las de Senegambia, son los alicientes que tienen los franceses para la ocupación del Figuig.

La empresa de conquista sería fácil de no oponerse á ella las tribus nómadas del Desierto. Y si no padecemos error, como creemos, en estas observaciones, la consecuencia razonable es que España actuará de «perro del hortelano», oponiendo dificultades á tal anexión. Por el contrario, nuestros compatriotas, pobladores del Sur de Argelia, irían ganando con ella en tranquilidad, con la seguridad de no volver á ser las víctimas de nuevas

(1) Después de escritas estas líneas, hemos sabido que la expedición que anualmente hace Muley-El-Hassan por sus dominios ha sido dirigida hacia Tafílete. Gran número de preparativos y de precauciones han sido precisos para organizarla. Primeramente, sabemos que un moro instruido y de la confianza del Sultán ha pasado varios meses haciendo estudios con objeto de fijar el itinerario que desde Marruecos (capital) hasta el punto citado había de seguir el séquito imperial. El problema era complicado: las dificultades que la agreste topografía del Atlas había de interponer á la marcha y el eludir la visita de algunas tribus que sospechaba habían de hacer gran resistencia, eran los datos para la solución y ésta ha sido el derivar considerablemente al SO. sin duda por ambas razones reunidas.

El Sultán ha impedido que le acompañen las misiones extranjeras, proposición que nuestras legaciones han aprobado con maestra de sobrada debilidad. El pretexto era que yendo á un país de Jerifes no podía responder de la seguridad de unos cuantos cristianos que le acompañaban. El médico de la misión francesa ha sobrepuesto su habilidad y ha marchado con él.

Él sólo, pues, quizá consiga saber el verdadero objeto de la arriesgada expedición. Los demás sólo hacen conjeturas, suponiéndola dedicada á arreglar las cuestiones del Figuig, separándolo de la influencia francesa, pero nosotros quizá no nos equivocamos suponiendo ha sido dirigida con el exclusivo objeto de cobrar fuertes tributos que los habitantes de aquella región le adeudaban. Las últimas noticias son que ha tenido varios contratiempos, teniendo que pelear con algunas kábilas, que no ha llegado á Tafílete y que ha invertido casi un mes en la primera parte de la expedición. Las noticias propagadas, con motivo de los asuntos de Melilla, no tienen visos de exactitud y hay que esperar su regreso para saber la verdad. Lo cierto es que en recorrer la distancia entre Marruecos y el territorio de Tafílete (360 kilómetros en línea recta) ha invertido un mes y seguro también que no ha intentado salvar la que separa á éste del Figuig.

insurrecciones, como lo fueron exclusivamente de Bu-Amema. A cambio de concesiones, podrían quizá recabarse otras ventajas importantísimas, y á propósito, copiaremos unos párrafos del artículo del Sr. Lara.

«Defendamos á toda costa la integridad del verdadero territorio de Marruecos y particularmente del Muluya, la mejor vía comercial y militar del Norte del Imperio; sostengamos con tesón nuestros legítimos derechos, pero que no nos arrastre un exagerado y mal entendido patriotismo á enemistades poco razonables y perjudiciales para las naciones vecinas.»

«Nuestras Chafarinas, cercanas á la desembocadura del Muluya, por su proximidad á la costa, necesitan un punto de sostén en ella; no sería difícil que en momento oportuno, con acuerdo del Sultán y mediando buenas relaciones entre España y Francia, consiguiera el Gobierno de S. M., á cambio de territorios que aún no tenemos y se consignan en el tratado de Africa, establecer una factoría frente á Chafarinas, que sería la salvaguardia de aquellas importantes islas.»

«Existen antecedentes respecto á este asunto, y su favorable resolución es de tal importancia para el porvenir, que mereco llamar la atención de la prensa y de cuantos se interesan por el futuro engrandecimiento de nuestra política en Africa.»

Sea lo que quiera, se puede asegurar como cierto que los franceses persiguen con empeño este objetivo, y no cejan, confiando en llevarlo á cabo con éxito. Son indicios elocuentes el que pongan especial cuidado en no dibujar en las cartas militares, por la zona del Sur, su frontera con el Imperio vecino; lo es el establecimiento del fuerte de Che-nim-buresy, á 40 kilómetros de Figuig, y el enderezar la prolongación del ferrocarril hacia dichos oasis cuando, no quisiera equivocarme, pero de la inspección del mapa se deduce que la salida natural al Sahara para buscar el Tuat, siguiendo la línea más corta y menos desprovista de agua, discrepa bastante de la adoptada. Más lógico parece dirigirse por el oasis Mograr-Fucani, á buscar la cuenca del Ued-El-Arua.



VI.

EL OASIS DE THYUT.

Cacería en el Djebel-Mekter.



SAIMOS para Thyut á las ocho de la mañana de un hermoso día, embalados en un carrito, con honores de *charrete*, tirado por dos valientes ballejos del país. Estos nos condujeron bien deprisa por el arenoso camino que sigue á lo largo del valle formado por los Djebel-Mekter y Aisa. Tiene la parte llana del valle unos dos kilómetros de anchura, accidentándose luego con las últimas asperezas de los montes, formando sus estratificaciones horizontales grandes bancos de roja roca. La tierra, y especialmente la fina arena que forma la mayor parte del suelo, son también de un rojo intenso, muy poco atenuado por la escuálida vegetación de raquíticos yerbajos, que de trecho en trecho se observa.

Poco más de hora y media invertimos en el viaje, pues á cosa de las diez nos encontramos muy cerca de Thyut, que, por su situación en una hondonada, no permite se descubra en todo el trayecto. Se divisa lo pri-

méro un blanco Marabut, rodeado de tumbas. Todos los cementerios árabes tienen igual tipo; carecen de valla; ni tapia ni seto alguno limita el terreno dedicado al piadoso fin, que, por lo visto, debe ser indefinido; las tumbas, en el sentido de Oriente, pero sin alineación alguna, son espacios ovales contorneados de lajas de piedra, colocadas de canto, y en la cabecera una de mayor tamaño. El Marabut existe indefectiblemente aun en los cementerios más miserables. Es el panteón que la tribu destina á sus Santones y el único monumento, aun de muy cerca, que delata la necrópolis. Todos blancos y bien cuidados, afectan idéntica forma: un cubo de mampostería, coronado por un casquete esférico; la bóveda sobre pechinas, que estudiamos en el Adhemar. El de Thyut es el más lujoso que hemos visto, y no carece de gallardía. Su cúpula es peraltada y con facetas, recordando las de las iglesias del rito griego, y una cornisa con crestería en el remate del muro, completa su modesta ornamentación.

No conservamos fotografía alguna de esta expedición. Un entorpecimiento de la cámara fotográfica nos obligó á abrirla, no encontrando en el pueblo un local suficientemente obscuro para la operación. Lástima fué, porque si bien las vistas de Ain-Sefra dan idea de las construcciones de estos oasis, el de Thyut excede á aquel en carácter, es más típico y se encuentra totalmente aislado de construcciones europeas.

A la izquierda del pueblo se descubre un frondoso bosque de palmeras, situadas á ambos lados de una presa que recoge las aguas del Ued-Ancar para conducir las á los huertos del oasis. Contendrá éste unas mil almas, y tanto la población como los jardines están rodeados de ruinas de una muralla de tierra flanqueada por torreones. Los edificios, todos de tapial y grandes adoves, ofrecen aspecto triste y miserable, al que contribuye la carencia casi total de ventanas; y el remate, en pretil de azotea sin adorno ni coronamiento alguno, los asemeja á ruinas. El interior es un *maremagnum* de callejuelas, la mayor parte sin salida, un verdadero laberinto de curva, zig-zags y bifurcaciones, á trozos descubiertas y en muchos convertidas en pasajes por los pisos volados con maderas rollizas de una á otra vivienda. Los árabes, tumbados en grupos por estas estrechas vías, hacen todavía más difícil la circulación.

Nuestra visita no les preocupa; á pesar de ser rara la aparición de un europeo, gracias si merecemos alguna mirada de esas musulmanas, impregnadas no sé si de indiferencia ó de desprecio.

Únicamente los chiquillos, codiciosos de las propinas que semejantes visitas les proporcionan, tocan asamblea y forman desde el primer momento nuestra escolta, que no nos abandona en todo el día, ni á ellos la palabra *soldi*, con que constantemente demandan monedas.

Después de recorrer el pueblo y dar un vistazo á los jardines plantados de higueras y granados, salvo alguna palmera que ameniza la



AÏN-SEFRA.

perspectiva cortando la línea horizontal de los edificios, nos fuimos, siempre acompañados de la tropa infantil, á disfrutar, almorzando, de la agradable sombra de la presa. Tuvimos allí palpable prueba del respeto que á las máximas del Koram guardan aquellos fieles observantes. Los moritos devoraban como perros hambrientos algunos pedazos de pan y queso que nos sobraron, pero sólo uno de ellos consintió en probar la carne. Todos la comen y les gusta con pasión, pero Mohamet les impone la condición de que la res muera degollada por sus manos. Su obstinada negativa nos excitó la curiosidad de indagar el por qué de la excepción. El que la aceptó sin resistencia era un negro que había servido en Aïn-Sefra como pinche de cocina, un hereje pervertido por los perros cris-

tianos. Los demás engañaron el hambre con espigas de cebada cojidas en los sembrados cercanos.

Los sedentarios habitantes de esta región del Ksur, aunque muy mezclados hoy día con los árabes, no tienen ese origen. Son los pobladores que la conquista musulmana encontró instalados en aquel suelo.

Descienden estos Ksurianos de los antiguos africanos que pusieron sitio á Roma y de aquellos terribles Númeritas que cargaban galopando sobre caballos desnudos.

Después de la conquista francesa, protegidos del pillaje y los saqueos de los nómadas, van perdiendo rápidamente su carácter militar; pero hace un siglo vivían todavía en perpétuo estado de guerra, como lo atestigua la construcción de sus pueblos.

Detrás de los muros que los rodean, los Bereberes estaban en condiciones de resistir los sitios periódicos que los nómadas les ponían. Después de cada cosecha de granos y dátiles se aprestaban á recibir el asalto.

Estas guerras, que se han repetido por espacio de muchos siglos, no han tenido cronistas, pero indudablemente han dejado en la mente de los Ksurianos, recuerdos muy vivos de asombrosos hechos de armas, nombres de héroes, leyendas y cantos de guerra que las refieren. Hoy día, todas estas fortificaciones están ruinosas porque, construídas con tierra sin auxilio alguno de piedra ni madera, y careciendo de revoque, las lluvias van desmoronándolas y no hay quien las repare.

Regresamos por la tarde al pueblo y nos sentamos á descansar en la plazoleta contigua á la Mezquita, que es modesta, de la forma de todas y acompañada de un minarete miserable, de una quincena de metros de altura. A las cuatro, suena en lo alto una voz formidable: es el Muezin. Cuatro veces mirando á los puntos cardinales, lanza su ronca llamada á los fieles del Islam. Estos van llegando por grupos, calmosos y en silencio, y después de las consabidas abluciones, se reparten por el templo, empezando sus plegarias y contorsiones.

El siguiente día fué dedicado á la caza. Había grandes proyectos de invertir un par de días en este placer, y á ello incitaban las estupendas narraciones escuchadas; pero quedaron reducidos á la más mínima expresión. Los oficiales no podían acompañarnos, por causa de la revista.

La amabilidad del capitán Rigal nos facilitó el hacer siquiera un ensayo, proporcionándonos caballos y guías. Tres de éstos, moros de una tribu sumisa y con aspecto poco tranquilizador, se nos presentaron á las tres de la madrugada, armados de fusiles Grass y conduciéndonos dos caballos enjaezados á usanza del país, arreos que necesitan, para habituarse á ellos, lecciones y paciencia.

Tomaron los guías, al trote de sus piernas, el camino del Djebel-Mekter, y seguimos detrás al de nuestros caballos. Fué la primera novedad el atravesar las cordilleras de dunas, por aquel sitio de dos kilómetros de anchura, y admirados quedamos de la rapidez con que lo hicieron guías y caballos, no obstante la resistencia de la fina y deleznable arena en que hundían sus piernas veinte ó treinta centímetros.

Hicimos la ascensión al monte distraídos y admirando el vigor de nuestros acompañantes, que no perdieron el paso de carrera durante las dos horas que en ella se invirtieron, desprendiéndose paulatinamente de sus prendas de vestir, que colocaban en las grupas de nuestros jacos, hasta quedar casi desnudos, pero conservando la carabina, que llevaban horizontalmente sobre los hombros, sujeta al cuello con un pañuelo, á guisa de portafusil.

Hicimos al fin alto, se extendieron en el suelo las provisiones, y volvimos á ver con asombro que el violento trabajo de la ascensión no entibió el fervor religioso de los guías. Como monjes sentados sobre sus talones, se agruparon, devorando gran cantidad de dátiles y almendras, pero sin consentir probar un pedazo de carne. Por toda bebida, leche agria, que absorbían de una inmunda pelleja sin curtir.

Hecho el refrigerio, tomamos dos moros y dos cristianos lo que en técnica cinegética se llama «una mano», y no transcurrió un cuarto de hora cuando de unos breñales saltaron dos gacelas, que tuvimos la suerte de derribar. Certero y de mérito fué el disparo de un moro que, después de apuntar largo rato á un blanco tan movedizo, partió del balazo la cabeza de uno de los animalitos, á más de ochenta metros.

Y aquí terminó la cacería, aunque aquella escaramuza tan pronta nos hizo concebir grandes esperanzas; pero resultó como preparada para satisfacer nuestra curiosidad y nuestro amor propio. Por de pronto, el ruido de los tiros atrajo á algunos compañeros de nuestros guías, sin

duda apostados por las inmediaciones al olor del modesto festín, y entre la preparación de las reses y sendos ataques á las alforjas y á la pelleja transcurrió perdido mucho tiempo. La tropa aquella tenía que ver, por su traza y por la indumentaria: nuestra inteligencia con ellos se hacía casi imposible, pues no hablaban palabra alguna de francés ni español, y entre las libaciones de leche y el examen de una escopeta Hamerlles, que excitaba grandemente su curiosidad, se hacían los suecos, y costó gran trabajo arrancarlos de allí para continuar la faena. Infructuosa fué la del resto del día: los moros nos hicieron observar anchas y muy frescas huellas de una pantera, y al paso de este animalito atribuyeron el no descubrir en todos los contornos un solo mufon, que era el objetivo principal de nuestra correría.

Regresamos á Ain-Sefra relativamente satisfechos con nuestro trofeo, sintiendo que la veda (¡observada en el Desierto!) nos impidiera tirar á perdices que veíamos en abundancia, y recibimos la enhorabuena, bien merecida porque el escaso aparato de caza que llevamos no hacía confiar á los conocedores en el éxito que alcanzamos.

El resto de la estancia en Ain-Sefra fué dedicado á paseos por los contornos, en caballos proporcionados por el amigo Mr. Cointement, capitán de la Legión extranjera, persona que desde nuestra llegada se constituyó en nuestro *cicerone*, con una amabilidad que le agradecemos mucho.





VII.

DE AIN-SEFRA Á BEDEAU.

Regreso á Bel-Abbés árabe.—Fin del viaje.



IMITADA la satisfacción de nuestra curiosidad por el veto de continuar más al Sur, impuesto por las autoridades de Ain-Sefra, decidimos el regreso, variando, como era natural, el itinerario, porque todos deseábamos hacer un par de jornadas á caballo por el Desierto. El capricho no implicaba grande arrojó, pues aun estando en Mayo, la temperatura no era excesiva y podía uno exponerse á resistir los rayos del sol en la seguridad de no sufrir grandes molestias.

El plan fué formado: en ferrocarril hasta Kreyder, viaje á caballo desde este punto á Ras-el-Má, donde tomaríamos el camino de hierro de Bel-Abbés. La distancia entre Kreyder y Bedeau fué recorrida, no á caballo, sino en una *charrette*, que con grande amabilidad nos proporcionó, gratis por supuesto, un español residente en Marhun. La primera jornada duró unas cinco horas, de Kreyder á Marhun, *chantiers* de esparto ocupados casi exclusivamente por españoles, y restos de un fuerte sin guarnecer, desde que se avanzó la línea del Sur. Un ramal de camino de

hierro lo pone en comunicación con el principal, con el que empalma en Kraf-Allá, y por él circulan sólo dos trenes en cada semana.

Nos alojó en su casa nuestro galante huésped, y suplicó permaneciésemos un día, que dedicamos á una expedición de caza de perdices y liebres.

Al siguiente salimos en el mismo vehículo, con propósito de tomar el tren en Bedeau á las tres de la tarde; pero la jornada era larga, el camino infernal y llegamos con retraso. Una verdadera jornada de Desierto, sin vislumbrar en todo el día vestigio de edificio ni cultivo alguno, ni más accidente que interrumpiera la monotonía del suelo que dos ó tres



EN EL PEQUEÑO DESIERTO

aduares de nómadas, vistos á lo lejos. El único alto, para almorzar y descanso de los caballos, fué hecho en unos pozos llamados «El Haman», donde encontramos algunos jinetes árabes, que venían en busca de agua. Conversó con ellos nuestro acompañante, nos pidieron pan, que se les dió, y fuéronse sin dar las gracias ni volver la vista. Ras-el-Má es el extremo de otra línea meridiana, que se construyó para transporte del esparto de aquella región, y que termina actualmente al pic de las últimas estribaciones del pequeño Atlas, donde comienza el pequeño Desierto; pero quizá tenga el porvenir de prolongarse, si los franceses logran avanzar la frontera con Marruecos por la región del Sudoeste, en cuyo caso este ramal superaría al de Ain-Sefra en cualidades estratégicas. La



estación titulada Ras-el-Má se avanzó hace poco tiempo unos seis kilómetros, dejando para la población formada junto á la antigua el de Bedeau, al cual punto llegamos, y algunas recomendaciones de Bel-Abbés, las de nuestro acompañante y nuestra nacionalidad, nos valieron el que toda la colonia de compatriotas extremase sus obsequios en las veinticuatro horas que allí permanecimos.

El pueblo, de reciente construcción, está muy próspero por el esparto y la ganadería, y figuran en minoría los habitantes franceses: árabes y españoles componen casi su total. Un fuerte con cuarteles, del tipo de todos los descritos, situado en una colina contigua, lo defiende con una pequeña guarnición, compuesta de tropas disciplinarias.

El camino de hierro que empalma en Tabia con el transversal de Orán á Tlemcen, atraviesa el Atlas en una zona de frondosa vegetación en que abunda mucho el pino, y el color del cielo completaba aquel día el paisaje para asemejarlo mucho al de nuestras provincias del Norte.

Chanzy es el punto más importante que se encuentra; el nombre árabe es Ali-ben-Yub y tiene 1.900 habitantes, guarnición y terrenos fértiles, perfectamente cultivados y regados por un canal surtido de una fuente termal (23°) muy caudalosa.

Ali-ben-Yub corresponde más bien á unas ruinas próximas que atestiguan una populosa ciudad de los tiempos de la dominación romana. Era uno de los puntos más importantes de la gran vía central de Cartago á la frontera de Titigania. Existen algunas inscripciones que lo comprueban.

Concluimos el viaje en Sidi-bel-Abbés, que estaba á la sazón en plenas fiestas. ¡Pero qué fiestas para Africa! Las de un pueblo de segundo orden de cualquier departamento de Francia. Fanfares, bailes, ferias, saltimbanquis y carreras de caballos. El único aliciente de ellas, que consiste en un número en el cual tomaban sólo parte los árabes en carreras de pólvora, había sido suprimido por no sé qué rozamientos entre los militares y la municipalidad.

Pero como despues de todo al hombre lo esclavizan sus hábitos, si se nos ocurrió la protesta ante tales espectáculos, no por eso dejó de ser muy agradable el contraste á las pocas horas de abandonar la triste soledad del Desierto.

El kaid Mule-Ali deseaba obsequiarnos con una fiesta en el campo de los nómadas, y al efecto organizó para el día siguiente lo que se llama una Diffa, que nos ha dejado gratos recuerdos.

Fuó improvisada, y por lo tanto, no alcanzó la solemnidad que el anfitrión con su afán de deslumbrarnos deseaba; pero aún pensada una noche para realizarse al medio día siguiente, hubo tiempo para que á dicha hora estuvieran reunidos en un ameno sitio próximo á la población, tres aduares, que hubieron de trasladarse muy temprano con tiendas, caballos y ajuar completo. Ello fué que lo pasamos muy bien.

Sólo se nos exigió llevar vino para nuestro consumo y pólvora para la reglamentaria fantasía.

La presencia del kaid y el olor que sin duda llevábamos á personas de viso, nos valió la invitación para entrar en las tiendas, en las que



TIENDA DE NÓMADAS

obligaron á las mujeres, que á nuestra vista huían á su departamento, á continuar sus faenas de moler cebada y tejer con hilo de palma en telares del sistema más primitivo. Extenuadas por el trabajo, gastadas por la intemperie y horriblemente tatuadas, escasas seducciones les quedaban que justificasen su exagerado pudor.

En el centro del campo se había colocado una tienda provista de gran marquesina y el suelo cubierto de valiosos tapices marroquíes y tunecinos; era el comedor de los invitados. No le-

jos, asándose á usanza mora, daba vueltas el carnero más gordo de los rebaños de la tribu y en otra cocina improvisada elaboraban un plato de carne y verduras que no hubiera desdeñado firmar el mismo *Cordon Bleu*, y otros dos distintos del clásico Kus-Kus, guiso que yo suponía una bazofia y resultaba un plato delicado y selecto, sólo al alcance de los moros

acomodados que con él se regalan los días en que repican gordo. El almuerzo, aunque algo sucio en los detalles del servicio, pues sólo las manos



EL ALMUERZO EN LA DIFFA

servían de trinchantes á aquellos camareros improvisados, fué en verdad suculento y animado. Buen café para terminarlo, y como complemento, la función de pólvora, en la que admiramos más la agilidad maravillosa de aquellos jinetes de nacimiento, que lo son perfectos en punto á agarrarse á la montura, que su maestría para educarla, pues con el mando brutal que emplean, el caballo permanece casi siempre tan cerril como antes de recibir por primera vez la silla.



ASANDO EL CARNERO

Nos despedimos al día siguiente de todos aquellos

amables amigos, y después de descansar dos más en Orán, muy agasajados por la familia del cónsul de España, zarpamos con rumbo á Melilla y Málaga, encantados de la expedición y con propósitos de reincidencia, principalmente para aprovechar los convites para cacerías que, con promesa



FANTASÍA ÁRABE

de soberbios resultados, nos habían hecho en Tlemcen y otros puntos para la época adecuada á esta diversión.

Y aquí damos fin al relato de nuestras impresiones. El viaje es tan cómodo, tan breve y tan barato, y lo que allí se contempla en general tan típico y tan distinto de lo de estos países de Europa, que si entre los aburridos que paseen su vista por estos desaliñados renglones, existe alguno que en su vida haya sentido comezón por asomarse á las puertas de Oriente, no vacilamos en recomendárselo, como ensayo de más largas y curiosas expediciones.



VIII.

GEOGRAFÍA.

Razas que pueblan la Argelia.—Población española.—Su patriotismo.—Población indígena.—Los bereberes.—Los árabes.—Los moros.—Los kulurlis.—Los negros.—Los judíos.—Administración de los indígenas.—Organización de los árabes.—Ejército colonial.—Servicio militar de los españoles.



LA naturaleza ha dividido el territorio argelino en tres zonas de bien distinta topografía: el Tell, las Mesetas y el Sahara. La cordillera del Atlas, cuyos límites por Este y Oeste son las costas oriental de Túnez y occidental de Marruecos respectivamente, viene á ser única en estos dos países citados y se separa por la Argelia en dos ramificaciones que dejan en el centro las altas mesetas ó pequeño Desierto, cuya cota por la provincia de Orán es variable entre 900 y 1400 metros.

El Tell es la vertiente septentrional del pequeño Atlas, la región de las lluvias periódicas y de los cultivos. Es la zona colonizable de los europeos y en la que el español encuentra á diferentes altitudes terrenos fertilísimos y de matices semejantes á los de la patria, desde los feraces valles de Andalucía, hasta el pintoresco paisaje del Norte de nuestra Península.

El pequeño Desierto, con su pobre suelo barrido por los huracanes de arena, no se presta á cultivo alguno, pero produce pastos abundantes

cuando no faltan las lluvias de primavera y otoño. Es esta la verdadera patria del árabe pastor y donde la explotación del esparto ha tomado los últimos años tan considerable desarrollo.

El Sahara comienza en la vertiente meridional del Gran Atlas, pero sus primeras regiones contienen vegetación que durante el verano desaparece consumida por los ardores del sol, posee oasis de feraz frondosidad y se están creando muchos nuevos, particularmente en la provincia de Constantina, cuya constitución geológica permite, á costa de poco trabajo, el alumbramiento de aguas por la perforación de pozos artesianos. Más allá se extienden grandes espacios estériles cubiertos de guijarros, formando la zona del Hamada, y aún más lejos, el Hareg, inmensas llanuras de arena, inhabitables, que las carabanas no cruzan jamás sin gran temor.

Desde luego el Africa, por decirlo así, no empieza hasta escalar las altas mesetas. El Tell contiene la nota curiosa de la población árabe, pero su topografía, sus cultivos y el predominio de la construcción europea, sus buenas redes de carreteras y ferrocarriles, hacen de esta zona un país muy civilizado y de escasa novedad para el *tourista*. Mucho podría hablarse de sus producciones, si no fuera por el temor de dar excesiva extensión á este artículo. Los cereales y las viñas aumentan de día en día, alarmándonos su competencia; aquéllos frondosísimos, éstas cuidadosamente plantadas y cultivadas y de abundante producción por el terreno virgen en que se explotan.

En cambio, la calidad de los vinos deja bastante que desear, y de esperar es que no mejore gran cosa por no ser razonable achacarla á defectos de elaboración, siendo los franceses, como son, maestros en esta industria. Tienen los vinos un insoportable sabor en que están mezclados el dulce y el ácido, sin duda por aparecer en ellos un principio de fermentación acética, sin haberse completado la alcohólica.

Hemos visto una estadística perteneciente á 1890. Según ella, había plantadas de viña 102.743 hectáreas, con próximamente tres millones de hectólitros de producto. Las cifras de cereales eran 2.821.016 y 18.541.901 respectivamente. Además el tabaco, las textiles cultivables y el esparto figuran también con respetables cifras.

Población.—En 1891 comprendía la de Argelia 4.124.732 habitantes, dividida así:

Franceses.	272.662
Israelitas.. . . .	47.667
Indígenas.	3.565.972
Tunecinos.	2.803
Marroquíes.	15.698
Extranjeros.	219.920

En la cifra de extranjeros figuran en gran proporción los españoles, especialmente en la provincia de Orán. Emigrados de las del Sur y Levante de nuestra Península, soportan lo más duro del trabajo de la colonización rural y con ayuda de pocos marroquíes forman casi el total de braceros para la explotación del esparto. Son la mayoría de nuestros compatriotas en Argelia gente pobre, obligada á abandonar la patria por la miseria los más, y un corto número por causas políticas.

Algunos de ellos, establecidos en el país cuando la colonización era naciente, y los terrenos se cedían mediante reducido estipendio, gentes laboriosas y expertas, y acompañadas de suerte, han conseguido llegar á disfrutar desahogadas posiciones. No falta un buen núcleo de personas ilustradas, llegadas allí para dedicarse al comercio, explotar una industria ó trabajar en profesiones facultativas. Orán, Saida, Bel-Abbés, Tlemcen y otras poblaciones contienen fuerte colonia española, que en los pueblos colindantes con el pequeño Desierto y *chantiers* de esparto, forman casi el total de la europea.

Cumplir con ineludible deber de gratitud, es hacer constar aquí el cariñoso agasajo con que nuestros paisanos nos han obsequiado durante todo el viaje.

La colonia de Sidi-bel-Abbés, centro de nuestras correrías, donde el teniente coronel Lara contaba con excelentes amigos, ha estado durante nuestra estancia casi dedicada á distraernos y á obsequiarnos, y de ella hemos recibido las recomendaciones para nuestros viajes. En el resto de los puntos recorridos, el nombre de españoles ha bastado para recibir una acogida cariñosa, para hospedarnos sin admitir pago alguno, donde había dificultades de alojamiento; para facilitarnos gratis medios de transporte, y hasta para que abandonasen sus ocupaciones, dedicándose á acompañarnos durante nuestras breves estancias.

Se quejan los franceses de que los braceros españoles son gente le-

vantisca é indomable, y conduélense también de algún serio disgusto proporcionado en más de una ocasión por rivalidades con los soldados de la legión extranjera. Si los resultados alguna vez han sido tristes, las causas siempre fueron pueriles y propias de gente joven y ardorosa.

En cambio nosotros, por otras razones, que los dueños de la colonia quizá no aprecien en lo que valen, estamos obligados á elogiar y admirar la tenacidad con que el español se niega á la naturalización francesa. Existe constante trabajo de catequización, dirigido hacia las personas de algún valer ó de regular fortuna, que resulta casi siempre estéril. Si esta resistencia no implica mérito en el que vive con el proyecto ó la esperanza de regresar á la patria, hay que encontrarlo, y muy grande, en los que poseen allí todo su capital é inmuebles y cuyos hijos han nacido en Africa, siendo para unos y otros España la patria siempre querida, aunque quizá no haya probabilidades de visitarla en la vida. Son innumerables los perjuicios que este espíritu de nacionalidad tan arraigado acarrea; á los ricos, imposibilitándolos para ejercer cargo alguno público en puntos donde figuran como mayores contribuyentes, y á los pobres, á quienes se cierran las puertas del trabajo por muchas empresas, que han dado en exigir nacionalidad francesa á todos sus empleados. ¡Patriotismo y orgullo tildado quizá de quijotesco, pero siempre merecedor de que se le entonen alabanzas que no debemos nosotros escatimar!

Población indígena.—Las diversas invasiones sufridas por este país han dejado rastro de variedad de razas, que aunque muy mezcladas, forman grupos que pueden actualmente distinguirse por su tipo, por sus costumbres y hasta por su traje.

Existen en la Argelia: los bereberes ó kábilas, que son los aborígenes del país; los árabes nómadas, los mauritanos ó árabes de las ciudades; los kulurlis, hijos de turcos; diversas razas de negros, dominando los sudaneses, y por último, la población israelita.

Empujados por dominaciones y guerras sucesivas, están los bereberes refugiados en las montañas, formando tribus siempre sedentarias. El carácter principal de la organización de las kábilas es la independencia de tribus, aunque sus intereses comunes y su mismo espíritu de independencia les ha obligado muchas veces á agruparse temporalmente, y gracias á ello, gran parte de esta raza se ha librado de la dominación turca,

á la que no llegó á someterse. Por cariño hacia la patria hizo causa común con Ab-El-Kader, pero sólo para combatir á los franceses, no para satisfacer la ambición de un Sultán que ellos mismos supieron rechazar cuando trató de imponerse.

La organización social es democrática: las tribus se fraccionan en Dacheras (pueblo), y ésta se subdivide en Karuba (familia). Los delegados de las Karubas elegidos anualmente, forman una especie de consejo municipal (Degemma) que sirve de intermediario entre los indígenas y las autoridades francesas.

Según los antropólogos, el tipo del bereber es de talla regular, cabeza voluminosa, cara cuadrada, frente ancha y plana, nariz y labios gruesos, la tez blanca y el cabello ligeramente rojo. El traje, confundido ya con el de los árabes, apenas difiere del de éstos, aunque en los bereberes que hemos visto en el Sur hay muchos que llevan la cabeza descubierta, ó sencillamente tapada con la tela y la cuerda, pero sin el kambus ni la chachía. Es relativamente laborioso y hábil, no deprime á la mujer, y comparte con ella los trabajos de la hacienda.

Los bereberes han atravesado las dominaciones romana, vándala, árabe y turca; por todo ello se les considera como los aborígenes del país.

Los árabes ocupan todo el territorio, pero son los únicos habitantes de las llanuras. Opinan los historiadores que los primeros conquistadores musulmanes no se establecieron en tiendas; para dominar el país debieron habitar en un principio las poblaciones. Su aparición data del siglo XI de nuestra Era y hasta el V de la Hegira no hay noticia de los nómadas. Entonces debieron dispersarse en tribus, acampando en todas las comarcas de la región.

Fiel al precepto de Mahoma «Donde entra el arado entra la vergüenza» el árabe desdeña el trabajo de la tierra. Esto no es en la actualidad rigurosamente cierto, pero se aproxima mucho, pues el nómada se dedica muy poco á la agricultura, único medio de obtener los granos que antiguamente cosechaba saqueando á las kábilas. Más tarde hablaremos de su organización social: la política es aristocrática. Existen entre ellos tres clases de aristocracia: la religiosa, formada por los Morabuts ó Santones, cuya influencia está en relación con el olor de santidad que merecen sus antepasados; la militar, dispuesta siempre á conquistarse, pero

heredada casi siempre, y la linajuda, formada por los *Chorfa*, que remontan su genealogía hasta Mahomed. Ab-El-Kader perteneció á la militar y á la religiosa, y de aquí el gran prestigio que gozaba. El Cherif de Huassam, residente en Marruecos, y cuya omnimoda influencia eclipsa la del Sultán, es el representante más genuino de la aristocracia religiosa.

Es el árabe de elevada estatura, delgado, blanco de tez, vigoroso, de cara oval, ojos negros y vivos, labios delgados y cabellos negros.

Su vestimenta es blanca y amplia. Dos túnicas cubren el cuerpo, y sobre ellas va el bornus ó albornoz, blanco en general, y azul en los que ejercen cargos. Llevan la cabeza cuidadosamente *coifée*, primero con el kambus, especie de molde de fieltro, que va forrado con el rojo gorro (chachía). Un largo trozo de fina tela (el Haik), da varias vueltas al cuerpo por debajo del bornus y sale por el cuello, envolviendo cabeza y cara en un blanco marco, sobre el que destacan muy bien sus enérgicas facciones.

Dicha tela queda sujeta al kambus con muchas vueltas de una cuerda de pelo de camello, tanto más delgada y más abundante cuanto mayor es el lujo de la persona.

Generalmente llevan medias blancas y zapatos abiertos, de forma muy ancha, sustituidos en los jinetes por botas de montar de Tafilete,

La mujer árabe, instrumento de placer en casa del rico, es en la del pobre una verdadera esclava, que soporta todo el peso del trabajo.

Los *maures* en francés, aunque el calificativo de moro suele emplearse aplicándolo á todos los musulmanes, es una raza que está en Argelia en pequeña minoría, y no viviendo en un medio exclusivamente suyo, no forma sociedad aparte. Radican en las poblaciones, y son los más dispuestos á asimilarse las costumbres europeas, viniendo á ser por esto más trabajadores y muy afectos á los cristianos. El carácter del grupo tiende á desaparecer.

Su traje se asemeja mucho al de los orientales. Llevan ancho calzón blanco (sernal), sujeto bajo las rodillas, chalecos bordados de oro y seda, y la cabeza con el kambus árabe, ó sólo la chachía.

Los kulurlis, hijos de la dominación turca, apenas se distinguen de los anteriores ni en trajes ni en carácter. Son los principales auxiliares de la dominación francesa.

Los negros.—La abolición de la esclavitud tiende á disminuir la población negra, todavía muy abundante en los oasis del Sur, donde resisten mejor que nadie los calores saharianos y la influencia palúdica de los pantanos.

Varían mucho los tipos, entre los cuales es muy hermoso el del sudanés, y son duros y laboriosos, ejerciendo casi todos los oficios artesanos. En los regimientos de turcos y *spahis* abundan mucho los negros, que califican los franceses de excelentes soldados.

Judíos.—La zona del Tell está infestada de ellos y escasean mucho en el Sur. Son, ó se dicen casi todos, descendientes de las expulsiones de España, y han estado sometidos durante la dominación turca á una legislación sanguinaria, que les amenazaba de muerte á cada instante.

Hoy han variado las cosas: la protección que, á pesar de Drumont y todos los propagandistas antisemitas, se les dispensa en Francia, por consecuencia de su hegemonía bancaria y de haberse ocupado por israelitas los primeros puestos del poder gobernante, se ha reflejado en la colonia, y desde 1871 están emancipados y gozan derecho de ciudadanía.

Ellos se han apresurado á aceptarlos, sin perder un ápice de sus costumbres ni aficiones, consiguiendo mayoría en las elecciones de gran número de distritos. La ley que los protegió tuvo malas consecuencias y fué en gran parte la causa de la sublevación de 1871, irritando á los árabes, que, como se sabe, detestan á esta raza.

Como en todos los puntos donde tienen sentados sus reales, no trabajan en industria alguna ni producen nada; pero monopolizan el comercio, y especialmente la usura, que ejercen sobre el árabe pobre, actualmente á mansalva y sin temor á las antiguas *razzias*, en que los moros recuperaban parte de lo atesorado.

El traje, muy semejante al turco, aunque influenciado por el europeo, es de color sombrío, y cubren su cabeza con el gorro y un turbante de lujosa seda.

Por último, existe en Argelia una población flotante de distintas procedencias, en particular de marroquíes y tunecinos, que emigran de su país temporalmente, en busca de pan y de trabajo.

Administración de los indígenas.—Puede decirse que los diferentes grupos de musulmanes que pueblan la Argelia continúan, después de su

sumisión á Francia, haciendo la misma vida y practicando idénticas costumbres que en época anterior á la dominación, excepto una pequeña parte, que, por razones ya citadas, parece con tendencias á asimilarse los hábitos de Europa; pero esto apenas constituye excepción.

Los franceses respetan su manera de ser, tan distinta de la nuestra, y otra conducta política indudablemente produciría fracasos. Su religión, sus tradiciones y la indolencia de la raza, refractaria á toda clase de trabajo y de adelanto, son datos persuasivos para deducir que fuera locura pretender hacer de ellos un pueblo similar al Ario. Tuvieron su civilización especial, peculiar suya, y está decadente, como lo está la China, y repele la imposición. Y este es un hecho indudable, cuya única anomalía está representada por el Japón, pueblo excepcional, que de *motu proprio*, sin revolución interior ni violencias de extraños, está operando radicales reformas y asimilándose con gran acierto todo lo bueno de la civilización europea.

Pero, repetimos, es una escepción; en los árabes, la masa principal, los nómadas, viven ahora como vivían hace muchos siglos y así continuarán con su vida patriarcal, sus trajes, sus costumbres, sus tiendas y sus ganados.

Entusiastas de las armas portátiles, que aprenden á manejar con gran destreza, por complicado que sea su sistema, es en el único detalle en que alteran su indiferencia hacia nosotros. La esbelta espingarda es ya un arma arqueológica que los comerciantes han hecho desaparecer hasta el punto de no encontrarse una para un remedio. El que puede ó tiene licencia (que no se prodigan) lleva escopeta ó carabina.

Las prácticas religiosas no sólo son toleradas, sino atendidas en todas partes con la construcción de mezquitas, á costa del Gobierno francés, en todos los pueblos de nueva ó reciente fundación. Y sus agrupaciones políticas, distintas, como hemos visto, en cada raza, se mantienen sin más que una intervención por parte del Gobierno general de la colonia.

Por ser la tribu más numerosa, citaremos la organización de los nómadas.

Una agrupación de tiendas forma lo que se llama un aduar: esta es la base de la constitución social. Varios aduares forman una Ferka, que

obedece á un cheik. Varias Ferkas constituyen una tribu, mandada por un kaid. Y la agrupación de varias tribus hacen un Aghalik, bajo el mando de un Agha.

A veces existe otra agrupación superior, compuesta de dos ó más de estas últimas y la circunscripción es mandada por un Bach-Agha.

El cheik es elegido anualmente por sus administrados y reconocido su nombramiento por el comandante militar de la subdivisión francesa, previa la presentación hecha por el kaid. Gobierna bajo la dirección de este último, arregla los debates sobre cultivos, asiste á los tras-



GRUPO EN LA DIFFA

lados y campamentos, hace la repartición de terrenos, reúne las acémilas cuando se reclaman para convoyes militares y ejerce policía sobre sus administrados.

El kaid es elegido por los hombres más importantes de la tribu y nombrado por el comandante general de la división á instancia del Agha.

El que ejerce este cargo es el directamente responsable de la ejecución de órdenes dictadas por la autoridad francesa, que le son transmitidas, sea por los Aghas, sea por los centros de administración árabe (*Bureaux arabes*). Está el kaid encargado de la policía interior, preside los mercados, dirime las contiendas y castiga los actos de desobediencia de

poca importancia, pudiendo imponer multas de 25 francos. Cobra, acompañado de los cheiks, los impuestos de la tribu, y por último, reúne los contingentes de ginetes que se le reclaman para expediciones militares. El kaid no recibe sueldo fijo, tiene una participación en los impuestos y en las multas.

Los Aghas reciben su nombramiento del ministerio de la Guerra, á propuesta del comandante en jefe del cuerpo de Ejército colonial. Vigilan la administración de los kaid, recibiendo órdenes directas de las autoridades francesas ó del Bach-Agha, si éste existe. Tienen mayor amplitud en sus atribuciones, dirimen causas más graves imponiendo multas de 50 francos, centralizan en sus tribus las operaciones relativas al impuesto, y por último, mandan en jefe los contingentes armados que se convocan para operaciones y auxilio del ejército.

Según la importancia y número de la gente que mandan, perciben, además de otros emolumentos, sueldos del Gobierno, que varían entre 1200 y 3000 francos.

Los jefes de mayor categoría, Kralifas, Bach-Aghas y Aghas independientes, donde existen, gozan de más amplias atribuciones, y hasta tienen algunos contingentes permanentes armados y pagados por el Gobierno de la colonia, llegando sus sueldos á la cifra de 12.000 francos.

No son estos, sin embargo, los máximos que los franceses asignan á los grandes jefes indígenas.

Allí hemos oído asegurar que los de las tribus de los Ulad-Sidi-Cheik ganan estipendios nada menos que de 70.000 francos, además de estar colmados de honores y condecoraciones. Pero esto, lejos de hacer regla, es una medida política de atracción, y dudo que se cobren tributos de las gentes que estos jefes mandan. A costa de esta esplendidez se conseguirá el respeto, que no es poco tratándose de potentes y numerosas tribus que pueblan, en el Sur sahariano de la provincia de Orán, terrenos que pertenecen geográficamente á la Argelia francesa, aunque ni la colonización, ni siquiera la ocupación militar, haya llegado más que á los confines de sus dominios.

Sidi-Eddin-Ben-Hamza y Sidi-Hamza-Ben-Beker, que así se llaman estos señores, tío y sobrino, el primero jefe religioso y el segundo militar, son los jefes más potentes del Sahara, y sus tribus gozan gran hege-

monia en el Desierto, hasta el punto de recibir tributos anuales que les llevan gentes muy alejadas de sus dominios.

La administración de justicia para casos graves, así como la civil, se ejerce en las tribus por un Kadí ó juez que figura al lado de cada Kaid. Estos son nombrados por los Comandantes de las subdivisiones después de comprobada su capacidad legal con un certificado del tribunal superior indígena (Midjles). Frecuentemente existe también un Kadí á las órdenes de los oficiales encargados de los *Bureaux arabes*.



UNA SECCIÓN DE INFANTERÍA EN AIN-SEFRA.

Ejército colonial.—El ejército de Argelia forma un cuerpo con el número 19 y está compuesto, en su mayor parte, de tropas especiales creadas en el país.

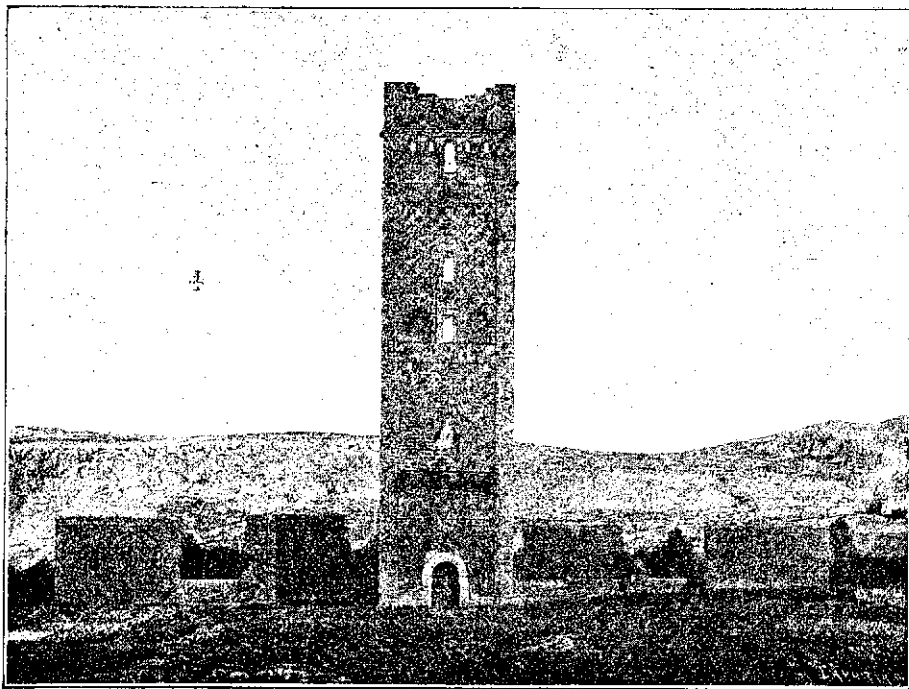
La infantería se compone: de cuatro regimientos de zuavos, de tres batallones cada uno (uno de dichos regimientos está en Túnez); otros cuatro de turcos (*Tirailleurs Algeriens*) (también uno destacado en Túnez); dos regimientos que forman la Legión extranjera; seis batallones de África y cinco compañías disciplinarias. La caballería cuenta con seis regimientos de cazadores de África (uno en Túnez); cuatro de *spahis* y tres escuadrones de remonta, que surten de ganado del país á todo el ejército.

Ignoramos la cifra exacta de artillería é ingenieros, tropas escasas que están destacadas de la metrópoli. Por último, una legión de gendar-

mería agrupada en cuatro compañías, que contienen además 138 gendarmes indígenas. En junto suman unos 40.000 hombres, sin contar los *Gums*.

Comprende Argelia tres departamentos militares, conteniendo cada uno su división. Argel, Orán y Constantina son sus capitales.

La división de Argel comprende cinco subdivisiones, tres la de Orán y cuatro la de Constantina. Las capitales de subdivisión en la provincia de Orán, única que hemos recorrido y estudiado, están perfectamente designadas, y cada una cumple su objeto. Orán, que contiene la primera, es capital, el punto más importante y la ciudad más populosa de la provincia, con comunicaciones radiales por ferrocarril á los principales puntos de su territorio.



TORRE DE EL MANSURA, EN TLEMEN.

Tlemcen es la segunda. Población la mayor del Tell, próxima á la frontera de Marruecos, á caballo sobre los caminos principales que se dirigen al Imperio, entre ellos el que va por Uxda á Fez, es la situación

más indicada para el núcleo principal del ejército que empezase á operar contra el Sultán.

Máskara, que es la tercera, viene á ser la cabéza del ferrocarril estratégico del Sur. Con el tiempo es de esperar avance á Saida, pueblo más en la inmediación del pequeño Desierto, pues que su objetivo ha de ser siempre remitir fuerzas y elementos de lucha hacia el Sahara; pero si la última población citada no está ya, por el avance de la ocupación militar, expuesta á un fracaso, tenía hace pocos años esa exposición, pues se recordará que Bu-Amema llegó casi á sus puertas en 1881.

Como complemento de las fuerzas argelinas debemos citar los *Gums*, que así se llaman los contingentes de caballería armada que los Aghas de las tribus árabes pueden reunir en poco tiempo, cuando por las autoridades militares se reclama su auxilio. Dichos contingentes están obligados á llevar consigo, sobre acémilas, los elementos necesarios para acampar, así como á proveerse de víveres por su cuenta, pero no prestan servicio sino en caso de guerra, regresando á sus hogares en cuanto termina su misión.

El ejército territorial se compone de ocho batallones de zuavos, uno de cazadores, 14 baterías, cuatro escuadrones de cazadores y tres compañías de tren de equipajes. Además existen las reservas correspondientes. Los tiradores argelinos (infantería) y los *spahis* (caballería) están reclutados entre los indígenas musulmanes. Los zuavos (infantería) y los cazadores de Africa (caballería) son los cuerpos donde sirven los argelinos franceses, ó naturalizados tales, y el tiempo de su empeño es muy corto. Los regimientos de la Legión se surten con extranjeros de todas nacionalidades, y únicamente la artillería y los ingenieros vienen de Francia, así como las compañías disciplinarias. Dudamos que haya en Europa tropas de tan hermoso aspecto como el que presentan los indígenas por su marcial porte y sus elevadas tallas, hijas de una selección hecha en una raza de elevadísimas estaturas.

El uniforme se asemeja mucho al traje turco en la infantería, aumentado con el albornoz y kambus árabe en los *spahis*. Sólo los oficiales llevan el del ejército francés, y tanto éstos como casi todas las clases pertenecen también, ó provienen del de la metrópoli.

A decir de los oficiales, estas tropas están perfectamente disciplina-

das y prestan utilísimos servicios, especialmente en el país del Sur, cuyo clima les es más habitual que á los soldados europeos.

Pero lo que escita la curiosidad del turista en lo relativo al ejército visto por fuera, es el aspecto de los regimientos de la Legión extranjera.

Es un conjunto abigarrado de tipos y de edades, y curioso sería conocer la historia de gran parte de ellos, que serviría de tema para más de una novela. Huidos de todas partes de Europa se alistán sin más que dar un nombre y un apellido, comprometiéndose á servir tres años, y cumplen ó desertan ó se reenganchan por nuevo plazo, sin que, en general, se sepa una palabra de su origen ni de los secretos de su existencia.



TIPOS ÁRABES.

La nota más predominante en los soldados que sirven en estos regimientos, es el culto que profesan á Baco, á ciencia y paciencia de los oficiales, que lejos de escasearles el castigo, los aplican de firme contra este vicio, pero con resultado nulo, al parecer.

En todas las poblaciones que guarnece la Legión verá el que pasee por las calles al anochecer, unas patrullas silenciosas que con lento paso las recorren, formadas con ocho soldados armados y cuatro más provistos de rollos de cuerda. Su misión es la colecta de beodos, tan recalcitrantes algunos que durante el castigo que sufren al día siguiente, y aún en su caminata hacia el cuartel cuando son prendidos, no es extraño verles

hacer proyectos de nuevos excesos de igual género. Dios sabe las atenuantes que podría aplicarles quien conociera sus oscuras historias.

Abundan en la Legión obreros hábiles de todas las artes, consumados músicos, ingenieros, abogados, médicos, personas de linajudo origen y que han derrochado fortunas, y hasta hace poco tiempo ha servido en ella ¡un obispo armenio!

Y á pesar del defecto citado vienen á ser estas tropas el más poderoso auxilio de los franceses, no sólo en Argelia, sino en otras guerras de colonia. Son la carne de cañón, se baten muy bien y si sus contingentes son considerablemente mermados por balas y enfermedades en Tonkin y Dahomey, donde han pagado cruelmente el pato, son prontamente repuestas sus bajas de la fuente inagotable, sin mella alguna en la sangre de la patria.

Servicio militar de los españoles.—Los españoles naturalizados franceses sirven en los regimientos de zuavos. A los nacidos en Argelia conservando nuestra nacionalidad, se les exige servir un año en dichos cuerpos, pero eximen el compromiso presentando un certificado de haber servido, sufrido sorteo ó redimídose á metálico en el ejército español.

En vista de las dificultades que el viaje, para presentarse en su zona respectiva, les acarrea, optaban muchos por el restringido servicio que Francia les exige; pero, con objeto de favorecerles, se trabaja actualmente por simplificar ó facilitar el medio de que se rediman, haciendo que los Cónsules puedan recibir el importe de dichas redenciones, ó hacer viable el viaje de los que prefieran venir á la Península y eximirles de sufrir el sorteo para Ultramar.

FIN.

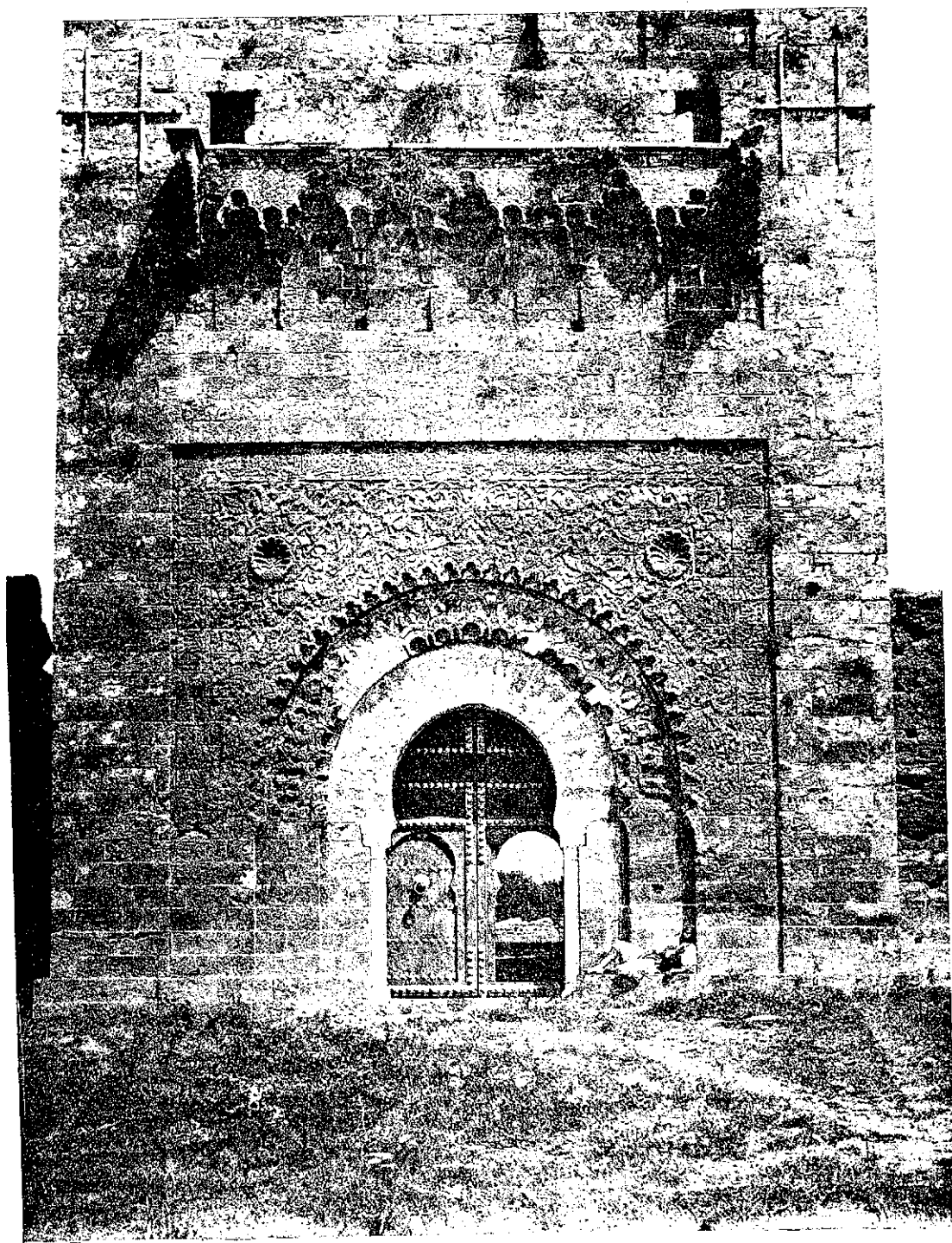


ÍNDICE.

	Páginas.
I. =ORÁN.— <i>La población.—Restos árabes y españoles.—Ojeada histórica.—Sidi-bel-Abbés.</i>	5
II. =TLEMCEM.— <i>Su importancia estratégica.—Historia.—Las mezquitas.—El Mansurah.—Personages árabes.—El Mercado.</i>	13
III. =DE BEL-ABBÉS Á SAIDA.— <i>Pantano de El-Habra-Saida.—Abuso de las bebidas.</i>	23
IV. =DE SAIDA Á AIN-SEFRA.— <i>El mar de Alfa.—Bu-Amema.—El ferrocarril estratégico.—Establecimientos militares.—El Kreyder.—Mechería.—Ain-Sefra.—Las dunas.—El Oasis, el fuerte y la guarnición.—El Bureau árabe.</i>	27
V. =LOS OASIS DEL FIGUIG.— <i>Consideraciones militares sobre la frontera argelino-marroquí.</i>	37
VI. =LOS OASIS DE THYUT.— <i>Cacería en el Djebel-Mekter.</i>	43
VII. =DE AIN-SEFRA Á BEDEAU.— <i>Regreso á Bel-Abbés árabe.—Fin del viaje.</i>	49
VIII. =GEOGRAFÍA.— <i>Razas que pueblan la Argelia.—Población española.—Su patriotismo.—Población indígena.—Los bereberes.—Los árabes.—Los moros.—Los kurlurís.—Los negros.—Los judíos.—Administración de los indígenas.—Organización de los árabes.—Ejército colonial.—Servicio militar de los españoles.</i>	55



INTERIOR DE LA GRAN MEZQUITA DE TLEMCEM.



PORTADA DE LA TORRE DE EL MANSURA, EN TLEMCEM.



